

ALFAGUARA

Albalucía Ángel

Las andariegas

Narrativa Hispánica



Albalucía Ángel

Las andariegas

ALFAGUARA



A Gustavo, mi padre

Ellas dicen que las referencias a Amaterasu o a Cihuacóatl dejaron de ser útiles. Ellas dicen que no necesitan símbolos o mitos. Dicen que los tiempos en que partieron de cero se están ya casi borrando de sus memorias. Dicen que con dificultad pueden usarlos como referencia.

Cuando ellas repiten, hay que romper ese orden, dicen que no saben de qué orden se trata.

Ellas dicen que lo que deben mencionar, ante todo, es su fuerza y coraje.

MONIQUE WITTIG, *Les Guérillères*

Guerreros nosotras, mujeres de cuerpo entero y mano firme.

MARÍA ISABEL BARRENO, MARÍA TERESA HORTA Y MARÍA VELHO DA COSTA,
Las nuevas cartas portuguesas

iluminada por la presencia de «les guérillères» de Monique Wittig, decidí también emprender este periplo con viajeras, desde ninguna región hacia la historia.

me guiaron –como a ella– imágenes de cuentos de la infancia, transformados en fábulas, visiones crípticas entonces que no he intentado descifrar a la manera de los conocedores sino a ese paso sigiloso que dejan los hechizos.

en el camino me topé con montañas de páginas escritas en todos los idiomas a través de los siglos, que hablaban de batallas y de felicidad, de construcción y destrucción. de sueños imposibles. fui recogiendo mi botín, como una asaltadora de caminos. usé la alquimia. hice y deshice la memoria. lancé palabras como pájaros en vuelo hacia los vientos del futuro. soñé la realidad y construí capítulos de puras añoranzas. de lo que las mujeres hemos preservado, a lo largo del tiempo, sin casi darnos cuenta. la esperanza.

de eso se tratan mis parábolas. del relato a otras voces. de una visión de las que no asistieron a la historia de la misma manera.

si abandoné los bosques encantados y rompí los espejos y destroné la imagen de la bella durmiente, no ha sido a forma de respuesta. lo hago más bien como pregunta.

A. L. A.

Londres, octubre de 1980

Junio de 1982

Primero estaba el mar.

Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni gente, ni animales ni plantas.

El mar estaba en todas partes.

El mar era la madre. La madre no era gente, ni nada ni cosa alguna.

Ella era espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria.

Mitología Kogui
(Colombia)

descendieron prendidas la una de la otra. parecía una cadena de acero rutilante, brillante con el sol que era de mediodía y de verano. parecían bucaneras al asalto. vorágines, cristales, vientos abrasadores

azogue, parecían

armaduras y espadas de cristal. la cadena bajaba la nave como guirnalda de violetas y acacias y anémonas y rosas y lirios de los valles cruzando el aire gráciles como hojitas de bosques en otoño. como gitanas, descendían. como filibusteras sin batallas ni gritos de victoria.

el sol pegaba fuerte como queriendo calcinarlas. la tierra, abajo, las esperaba, alerta. las oía desembarcar con sus cantares y sus risas, pues parecían una pandilla de gamines descubriendo un panal. o descubriendo mariposas. o buscando un tesoro.

la tierra sabía antigua lujuriosa voraz, las esperaba

descubrieron primero los colores. el azul de los lagos reflejándose, calmos, en el azul celeste del cielo de verano. blaue, bleu, blue, azurro... ¡azul...! gritaron, afanosas. bajaban y bajaban, cadena rutilante, guirnalda florecida, filibusteras, bucaneras relámpagos, incendios

las cordilleras fueron aflorando con sus blancos de nieve

los bosques en mil fugas de verdes no terminaban nunca de expandirse en olores de tilos de almendros de castaños de cedros y

olmos y guayacanes y abedules y robles florecidos

descendían abrazadas o colgando de un cinto o aferradas a las piernas que lucían hermosas grebas de cuero repujado y miraban, miraban, encandiladas, sin aliento

el amarillo apareció, cuando tocaron el desierto. contaron luego que fue penoso el caminar. que anduvieron sedientas y arrastrando los pasos de pies pequeños calzados con sandalias. que fue cruel y azarosa travesía.

y en el desierto conocieron también serpientes blancas. escucharon las zarabandas del simún. fueron testigas de oscuras caravanas que cruzaban cargadas de tesoros y cadáveres.

conocieron el rojo en una rosa que crecía entre palmeras de un oasis

atravesaron tierras donde solo había piedras gigantescas que parecían catedrales o almenas o pirámides y detuvieron el andar al frente de una puerta. las recibió el guardián. caminaron sin prisa, obnubiladas. dejaron las espadas de cristal amontonadas al lado de un pilar en diorita con fuste altísimo y lleno de inscripciones y capitel en forma de loto y penetraron en la estancia, dulcemente.

las barcas transmigrantes cruzaban aguas calmas y el guardián las condujo hasta la aurora, y pronunció su nombre.

desatadas, flamígeras

ardidas como las luces boreales y con ritmo de viento entre los árboles fueron siguiendo los pasos del guardián que deshojó los

pétalos de piedra de lotos y papiros y le ordenó a la muerte detenerse.

vieron las cajas de madera recamadas con oro y lapislázuli
las urnas destinadas a combatir al tiempo y a la historia
estas son las regiones de la muerte, dijo el guardián Anubis, y
ellas contaron doce.

unas dijeron que eran dulces y que tenían memoria. otras que
había recodos luminosos y estrechos pasadizos con voces duras y
lamentos. otras reconocieron la ausencia y la tristeza. solo una de
ellas mencionó el amor. otra nombró la ira y la desesperanza y habló
del mar y aullidos de lobos esteparios.

todas la vieron, sin embargo. era de hielo y fuego.

una mujer les hizo señas de acercarse y de quitarse la armadura.
llevaba túnica de seda y tiara de diamantes. contaron luego que
ellas la habían reconocido y que ese su palpar con avidez el cristal
de sus escudos y el balbucear como una niña palabras como
hechizos como si fueran prohibidas las hizo sonreír, pero eso fue al
comienzo pues después comprendieron. mucho después.

cuando pasó el eclipse.

cuando vieron las fauces de los lobos

cuando supieron del veneno

de las mutilaciones

de los ríos y mares

y los lagos y estanques con sus cadáveres

flotando.

camina que camina sin las corazas de cristal ni espadas, solo cubiertas por las túnicas largas de lana de cordero que tejieron durante la travesía del río, que era como un canal que serpenteaba manso y de color turquesa cruzaron por estepas donde habitaban solo los fantasmas de niñas que lloraban.

preguntaron entonces el motivo. el porqué de la endecha. ellas dijeron que eran las olvidadas. que no tenían regreso ni conocían el canto de los pájaros. desencantadas, dijeron en susurros. y entonces recitaron la palabra secreta mientras sonaban tambores y unas flautas de caña y la palabra iba creciendo, rebotando la luz y el viento que soplaban, como queriendo arrebatárselas.

era como una gruta donde estuviera tapiada la salida

como una escalera que no tuviera fin

era un espejo oscuro

una trampa maldita

así lo describieron. así, adoloridas, sacudidas por esas voces huérfanas de amor y anhelosas sin alas, sin el derecho a su reflejo ni al sueño de sus sueños, fueron cruzando las cien puertas. pasaron por el templo de las salas hipóstilas que dominaban el valle como un ejército de piedra. blancas las rampas y espirales. blanca la luz que las siguió en el recorrido por entre las barcas procesiones con címbalos tocados por doncellas de túnicas veladas y sacerdotes de tiaras verticales ornadas con ámbar y amatistas mientras esclavos nubios mecían abanicos de plumas de avestruz. blanca la madrugada del regreso. olor a cedro y sándalo.

todo de piedra blanca y de silencio.

Harmakhis vigilando.

oyeron el fragor desde una cima donde acamparon varios días, alimentándose de higos y dátiles y del agua de un pozo. bajaron sin temor. como quien va a una danza o al encuentro de un bosque. o a bañarse en el río.

óvalos, fuegos, flechas cruzando el aire

agazapadas, emboscadas como ciervas atentas al cazador que llega no se sabe de dónde ni cómo ni por qué, solo el viento trayendo los mensajes de un valle en llanto y sangre, los graznidos oscuros de los cuervos. las sombras las llamaron y les abrieron puertas. contaron luego que el corazón se les volvió una herida silenciosa. que fue imposible echarse atrás. que asistieron desde los altos torreones al desangrarse de guerreros y al crujir de los huesos y carros de batalla. que quedaron sin habla.

caminantes heridas por un rayo

atardecer de duelo y sed y cantos de victoria mientras volaban los halcones.

contaron que las sombras les velaron el sueño. que a la chita callando iban y venían, como esfumadas, penumbrosas. que mecían en sus brazos los cuerpos lívidos y macerados de los hombres, los lavaban después con agua de mirto, les echaban ungüentos, omisas siempre, sin queja, y así los enterraban.

contemplaron como los sumos sacerdotes encabezaban las procesiones funerarias, con la cruz de la vida en forma de estandarte. con las cervices bajas y rapadas. vieron los hipogeos donde los cadáveres esperaban el cruce de las barcas y el regreso del alma de su periplo por la muerte. preguntaron por qué de esa

mudez, pero las sombras se negaron a dar explicaciones. no somos nadie, repetían. solo pertenecemos a la tierra. solo nos piden la semilla.

somos de agua y de roca

y ellas contaron que les acariciaron las entrañas, los pechos fríos de palomas desaladas, que después las cubrieron con pétalos de girasoles y de lotos, y que sintieron ganas de llorar.

al borde de un camino y mientras disfrutaban del sol de los venados sumergido a mitad por entre el horizonte de tierras pedregosas, sintieron que algo muy sombrío las había visitado.

como un eclipse de sol, lo describieron unas sin saber el porqué de tal explicación porque jamás vieron al sol oscurecerse.

Solo memoria de los tiempos

raíz de bruma, nieblas

relatos temerosos de quien vivió el amanecer de un sol de azogue, pues fue volviéndose como una bola de plata que atravesaba nubes foscas, y el aire fue de hielo y el viento no sopló y los pájaros quietos, sin trinar. fue así.

como cuando algo gélido desciende por las venas. como mirar las fauces de los lobos. o a un pozo muy profundo.

nos dimos cuenta entonces que era el negro, contaron luego en voz desdibujada.

nocturno caballero de penachos y lanzas

estratega de pasos neblineros

las siguió desde entonces. provocador. testigo.

y se adoraba al sol porque el sol era dios. y constataron que un hombre era el elegido. el heredero de la divinidad. el que regía los destinos, la construcción o destrucción. el hacedor del infortunio o la bonanza o decidía las vidas y las muertes con solo un movimiento de su cetro, que ellas le vieron en la mano izquierda, vara de mando bifurcada, en forma de serpiente.

escucharon los cantos tumultuosos después de combates. contaron que con sudores de agonía y pieles desgarradas pegadas de los huesos, miles de seres tiraban de pedruscos enormes y juntaban arena y argamasa, días y noches, años y años, y ellas las contemplaron erigir, para refugio eterno de las momias de los que fueran dioses terrenales. triangulares y herméticas. en medio del desierto.

viajeras sumergidas de las noches sin luna
escarabajos, ciudadelas

¿no nos podemos detener...?, preguntó la más joven, que comenzó a sentir el corazón como si lo tuviera amurallado, pero le respondieron que era preciso andar y andar. como un destino, le explicaron. y esa noche tejieron las ajorcas con narcisos y encendieron fogatas y danzaron. las sombras las observaron, aleladas, detrás de los matojos.

coribantes de luz y agua de luna
corzas veloces de la aurora
aladas, parecían.

la más joven permanecía sentada en medio de la ronda y cantaba unos cantos muy extraños. en lenguas extranjeras. *c'est vers le soir que l'oiseau de Vénus prend son vol...*, mientras las otras le iban dejando ofrendas. ramos de olivo o sándalo, piedritas de los ríos, una página con un poema escrito, dos hojitas de otoño, plumas de pavos reales, rayos del arco iris, una gota de lluvia, rosas de Jericó, tres caracolas, una estrella, acariciándola, acunándola, repitiendo con ella esa canción, que era como una antífona

c'est vers le soir que

l'oiseau de Vénus

prend son vol...



... y cantaba unos cantos muy extraños. en lenguas extranjeras.

«c'est vers le soir que l'oiseau de Vénus prend son vol...».

anduvieron planicies y atravesaron las marismas y tocaron la nieve en las montañas. conocieron el ruido de las entrañas de la tierra. la vieron botar fuego y desprenderse en ríos que bajaban ardiendo hasta los valles.

quedaron fulguradas. fue un palpito violento que balanceaba todo y el aletear de pájaros y el correr desbandado de animales y ese color del cielo, granate y gris apizarrado. como si ese latido con candela fuera a tragarse el mundo. como un saber oscuro,

dijeron casi todas. y una contó que un relumbrón y una vara de fuego deshizo la montaña. que se había guarecido en una cueva y que en la madrugada oyeron el rumor.

que habían llegado al mar.

azul como agapanto

ondinas con risas mañaneras y el cuerpo en júbilo,

atezado

se fabricaron collares de corales y se cubrieron de algas y resina de coco. se alimentaron de cangrejos y de erizos y mejillones y merluzas. un día pescaron ostras y encontraron dos perlas. eran noches de lunas. de hogueras y nostalgias donde tibiezas calmas regresaban de ese lugar que habían dejado perdido en el olvido. momentos de añoranza que a veces nos dolían como una quemadura, dijeron luego, quedo, como si se tratara de un secreto.

construyeron la balsa. navegaron dos días, navarcas navegueras, disueltas y errabundas como nubes

y como un canto

en piedra y

en arena
fueron nombrándolas
viajando
en su memoria
atrás quedaron los escribas.

HACHEPSUT

NEFERTITI

ISIS

NEPHTYS

SEKHEMET

Cuando una de ellas dio la voz de alarma, se aglomeraron en la Corilla. unas cargadas con naranjas, las otras aceitunas, flores de limonero o leche de cabra, de aquella nueva tierra con olor a jazmín y playas muy extensas de una arena blancuzca, coralina.

navegaba al garette, a la distancia

iuna balandra!

es un champán cargado con especias

creo que es un bajel para el combate

como una góndola techada con pajizo que avanzaba perdida en pleno sol. deshabitada. inmensa. las olas la embestían y ella se balanceaba dulce como si respondiera a una caricia. armaron una gritería. revolearon las túnicas a forma de banderas de señales por si había alguien a bordo pero la nave continuaba su paso a la deriva, zarandeada. de pronto cambió el viento. la enorme balsa se enfiló al poniente, donde ellas esperaban, y poco a poco fue dibujándose la carga.

cadáveres

deshechos de lo que fueran animales de casi todas las especies pues vimos cientos, por parejas, contaron luego, encandiladas.

esqueletos humanos, medio comidos por peces

carroña y mortecina, cruzando mares de soles verano sin brújula ni meta

sin tiempo

una paloma mensajera con las alas cansadas intentaba llegar hasta la orilla, pero se entumeció y se vino a pique. ya estaba muerta cuando la recogimos, narraron con suspiros de quien no alcanza a comprender por qué de esa llegada.

¿hasta cuándo la muerte...?, susurró la más joven.

hasta siempre.

hasta siempre

gaviota en vuelo

transmigrante

golondrina con alas

de cristal

no nombres

la innombrable

sigilosas, volvieron. encarceladas, parecían rumores tenues en el batir del llanto y de la sangre.

unas lanzaron sus venablos, que dieron en el blanco, y otras soltaron la red desde los árboles donde esperaban como ardillas de los ojos de almendra y pulso alerta. el jabalí cayó como si un rayo lo hubiera fulminado. solo un gruñido opaco antes de que se le partiera el corazón. en el momento de acarrearlo colgado de un venablo mientras dos de ellas hacían fiestas danzando alrededor al son de los panderos, vieron al hombre, arrodillado, lívido, con los ojos vidriosos, que las miraba como suplicándoles sin decirles palabra.

parecía un esperpento. en hilachos su túnica y con la barba que le llegaba al suelo poblada de algas y de ramazones de coral y de escamas de peces y patas de cangrejos y el cabello canoso, enmarañado, habitado por plumas de gaviota y flores de alhelí y de hojas y piñones y como cintas de lanas de colores.

viajero de las aguas, ¿en qué podemos ayudarte...?

petrificado, parecía. habitado tan solo por una luz pequeñita en la mirada, que revivió a las voces. le dieron del licor hecho con las manzanas, le frotaron agua de botón de naranjo y jazminero, le pusieron la miel entre los labios, por los que una por una iban pasándole el aliento.

hicieron manosilla y así lo condujeron hasta la cabaña

dos días después comenzó a hablar. soy viajero del arca, dijo mientras hacía señal de que encendieran las fogatas.

murallas derrumbadas al son de una trompeta

el sol en pleno cenit se detuvo para alumbrar la guerra porque un hombre ordenó que en el nombre de Dios no se ocultara y así lograron vencer al enemigo

otro hombre abrió la mar para dejar pasar su pueblo que caminó por ella como si fuera una pradera y le ordenó tragarse a sus perseguidores, que en medio del camino oyeron el rugido como si se estuviera rompiendo una montaña o hubiera una estampida de elefantes, pero era el mar que se les vino encima

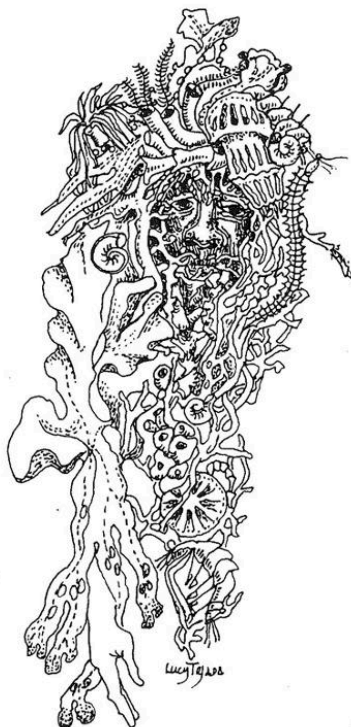
un hombre solo hizo precipitar un templo, que quedó
hecho boronas

descubridoras en silencio

caminantes del tiempo y fugas

y relámpagos

¿vamos a caminar por todos los caminos...?,
quiso saber la más pequeña, rompiendo la mudez que comenzaba
a hacerse fría como un viento de invierno
no siempre se conocen todos los caminos



*... y con la barba que le llegaba al suelo poblada de algas y
ramazones de coral y de escamas de peces y patas de cangrejos...*

no siempre
fue el viajero del agua el que le respondió, contaron luego como si
recordaran a un fantasma.

caminaron caminos, caminantes

se oyeron címbalos y balidos de ovejas y golpes de panderos y como cantos. o como letanías. escalaron las terrazas de piedra que subían la colina en forma circular y vieron desde lejos la columnata dórica y un gran gentío que parecía que acampara. permanecieron detrás de los olivos. acechantes. distinguieron escudos y espadas y lanzas y corazas bronceíneas y los vieron en grupos. o solos.

aletargados, holgazanes

era una tarde hostil, contaron. como vidriosa. como una tarde de emboscada.

vino la noche y se encendieron las antorchas. después fue el alba sin sol, ni trinos de los pájaros. los hombres continuaban, remolones, escuálidos, a espera de que algo comenzara o que algo terminara. como si fuera un armisticio.

furtivas

viajeras del silencio

agazapadas detrás del olivar escucharon la voz. como si fuera un ave de rapiña, dijeron unas que todavía sentían el tremor en la piel. como tigre parida. como silbidos de serpiente.

ventarrón, parecía. hablando a centellazos. preconizándoles miseria o deshonor o desdichas, o batallas perdidas. anunciando victoria o sentenciando a muerte.

dos guerreros erguidos sobre carrozas tiradas por caballos blancos y caballos tordillos, uno ataviado con la piel del cervato y armadura

de bronce y el otro en oro su coraza, reverberante y luz como los tintes de una madrugada, pasaron lanza en alto.

dos fieras, parecían

dos varones mortíferos que quisieran dejar un cuerpo yerto ensimismadas, blandas

viajeras del olvido de frente a los espejos

la pitia habló de oscuridad. de cenizas y lodo sepultando la tierra. de nieblas y de auroras de sangre

de un vendaval que arrasaría el polvo y un sol que iba a nacer de nuevo para alumbrar lo oscurecido

gruta marina, era su voz. ánfora voluptuosa. como aceite o almíbar o aletear de palomas. como un salmo, dijeron, mostrando el círculo de plata que la sibila les dejó en símbolo y en prenda.

el verde aceitunero y el verde de naranjos y de los limonares fueron quedando rezagados y un gris rocoso comenzó a dibujarse contra el azul cobalto de ese cielo sin pájaros. sin vientos. se detuvieron mucho rato a contemplar la gran montaña que apareció a una vuelta del camino dejándolas absortas con sus picos en piedra del color de la leche. toda ella era roca. de hechizos y cristales, como dijeron unas, que se quedaron fulguradas cuando la luz del sol del mediodía le dio en el centro, como atravesándola.

allí moran los dioses, dijo un pastor que apacentaba cabras en los riscos

y hay que huir de los cantos. son fatídicos. y les dejó la cera para que se taparan los oídos y un queso recién hecho

como embrujadas

como incubando algún

destino ajeno

como un presentimiento.

durante el tramo de montaña caminaron muy juntas, sin pronunciar palabra. el eco de un galope como de una cuadriga desbocada se oyó en el cruce de caminos cuando ellas decidían si a la derecha o a la izquierda, y antes de tener tiempo de resolver cuál terreno echar a andar o prestar atención a los jinetes, una de ellas saltó por entre pedrejones como una corza herida a los flechazos, sacudió un matorral y señaló un cadáver.

estaba tibia, todavía

su cabellera de azabache revuelta con arena y la túnica blanca tinta en sangre

su sexo era una herida, como si la hubieran abierto tarascazos

con aceite de higuera fueron quitándole la sangre y lavaron el cuerpo, que parecía de alabastro de tan albo y tan liso. machacaron los pétalos de mirto y las hojas de eneldo y la aromaron, frotándola muy dulce. cuando estaban peinando sus cabellos aparecieron los aurigas.

los de alevosas lanzas

el ataviado con la piel del cervato y armadura broncea y el de coraza como un sol

dos jabalíes, parecían

caballos tordos y caballos blancos

pararon las carrozas y el de coraza de oro y aire levantisco y belleza de un dios que llega vencedor de todas las batallas, se acercó a preguntarles si aquel era el camino que conducía a Tebas.

la de las siete puertas, explicó. y estaba por decirles algo más cuando vio el cuerpo desnudo y lacerado que ellas cubrían con hojitas de olivo y flores de narciso. quedó descolorido.



... y lavaron el cuerpo que parecía de alabastro de tan albo y tan liso. machacaron los pétalos de mirto y las hojas de eneldo y la aromaron, frotándola muy dulce.

como galvanizado, contaron ellas que permaneció, recordando su porte de príncipe espartano y sus manos hermosas que temblaban.

ila enterradora...!, balbuceó

la hija y hermana de su padre...

llamó a su compañero de armadura broncea que parecía también un dios de tez morena y ojos almendrados y cabellera oscura ensortijada y la sonrisa fresca como el coco de agua,

guerrero victorioso de espada fulgurante, que se acercó tres pasos y se quedó sembrado.

ies Antígona...!, dijo, como si no creyera
como si fuera una amenaza.

no se movieron cuando ellas le cortaron de su pelo azabache y lo guardaron en sus bolsas

amada de los vientos
desalojada
guiadora sin
tu sombra

las observaron, impasibles

escogieron gadejos de color avellana y de color de miel y de color de flor del carbonero y de color de alas de cuervo y color ceniciento y recogieron agua de primavera en la jofaina, para dejarlos en ofrenda. las enterraron cantando una canción de amor. y una canción de cuna.

como relámpagos, salieron. como picados por el tábano. como si fueran a alcanzar el sol que se estaba ocultando, fue la visión que recordaron de aquel guerrero de los ojos de almendra y espada refulgente y de su amigo de la coraza áurea, a quien la muerte no llevarse sino por el talón.

un rayo cayó en seco en medio a la llanura.

comenzó luego un ventarrón que levantaba piedras y arrancaba de cuajo los olivos y formaba tolvaneas con la arena que se entraba a

los ojos y las enceguecía. caminaron pegadas las unas de las otras a forma de cordón. se puso negro el cielo. denso. como si fuera a descolgarse.

viajeras de la lluvia y de los huracanes
peregrinas de bosques
de la noche

buscadoras
náufragas del viento

vieron luces de hogueras y allá se dirigieron. era como un refugio o un establo donde mujeres viejas trasegaban trayendo unos baldados de agua hirviendo y oyeron pujidos y gemidos de una muchacha rubia de cabellos muy largos que yacía sobre lienzos encima de un pajar. desencajada. entregando la vida, parecía. una mujer le sostenía la cabeza y enjuagaba el sudor con un pañuelo con olor a alhucema y otra decía palabras que ellas no comprendían en tono grave y tierno, mientras mimaba el vientre con manos pequeñas, vigorosas.

ensalmadoras, parenderas

entrega de la vida como un destino más que se nos lega irreversible

herencia del dolor

fue una lucha valiente. refriega donde el cuerpo se abría en fuentes de agua y caminos de sangre y gritos retenidos y sudores helados de agonía. batalla sin cuartel contra la alcabalera que venía a cobrarse su tributo.

las mujeres alimentaban las fogatas con ramazones de cipreses.
recitaban plegarias en voz baja. las manos amorosas llamaban con
premura y tacto dulce a la nueva viajera que venía desprendiéndose
por entre el laberinto y entretenida con las luces, los rumores. una
por una iban acercándose a la guerrera adolescente y posaban sus
manos de labriegas en el vientre aterido, amoratado, para darle
valor.

guerra sin muertes
ni vencedores
ni vencidos

un grito sostenido de quien se ve venir la parca encima o se está
despeñando o la amputan de un tajo anunció a la viajera coronando
una algazara y risas y agua de mirto y bálsamos y una nana
contándole que la madre era hermosa y que el padre era feo la
recibieron a la entrada del nuevo laberinto y unos cabellos rubios
como el trigo le limpiaron la sangre de su cuerpo y un pecho tibio y
aromoso comenzó a manar leche para calmarle el hambre.

amaneció una aurora limpia con olor a retama.

ligeras como el aire

nostálgicas.

fueron adioses largos, evocaron algunas que todavía sentían las
fiestas y aquel olor a pan recién horneado.

admiraron el templo que arriba de la colina parecía a la distancia
como una fortaleza en piedra blanca
o un refugio de dioses
o un sueño inalcanzable
de mármol y silencio.

sonaron atabales y cornamusas y salterios bajando de la
pendiente

y presenciaron el desfile de zagalas y donceles coronados de mirto
y con azahares y mujeres de carnes vigorosas envueltas en los
peplos de color azafrán, que modulaban con ritmo suave su
armonía. con el pecho cubierto de armaduras y de fuego marcial,
marchaban los guerreros. las reses y corderos seguían mansuetos el
festejo. algaradas y rondas de los niños.

obnubiladas contemplaron el paso de la diosa reverberante como
el sol

como el reflejo de
centellas en el agua
la guerrera Atenea
la invencible

las entrañas herméticas porque nació sin madre y le es leal solo a
los hombres, oyeron en murmullo decir a las mujeres.

mensajeras del tiempo sin mañana
cariátides, erinias

las vieron replegarse envueltas en sus mantos y les hicieron
señales de seguirlas. anduvieron caminos de montaña y caminos de
valles y desiertos en piedra y cruzaron los ríos en chalupas y jamás
preguntaron dónde las conducía ese peregrinar. Era el reconocerse

en huellas muy antiguas, dijeron unas con la memoria en flor y el corazón doliente.

como dejar un rastro sin retorno.

pasaron la ciudad donde jabalineros y gimnastas y corredores y discóbolos competían por trofeos y por coronas de laurel. preguntaron por qué la ausencia de las mujeres. las mensajeras sonrieron, desganadas

son enigmas de esfinge

son calambures sin respuesta

laberintos inútiles de andar

y les hicieron señas de continuar camino mientras contaban de una doncella que se agostaba en Minos como una margarita, prisionera.

que era la amada de una criatura con cabeza de toro y cuerpo de mancebo

desflorecidas

como cercadas, se sintieron.

se detuvieron a recoger algunas uvas y a disfrutar del mediodía tibio y los tonos feraces y aquel olor yodado que ya anunciaba el mar. vieron corceles briosos que levantaban polvaredas y el auriga cruzó como tormenta de verano. flecha incendiada, parecía

el viento trajo cánticos y sonos de laúd.

allí es el punto de llegada, hicieron la señal las mensajeras.

las recibieron tres mujeres ataviadas con velos color claro de luna y cabellos dorados cubriendo sus espaldas. olían a sándalo y a cedro. un efebo desnudo tocaba un caramillo y sonreía como un dios. les ofrecieron del licor aromado con pétalos de rosa y las

vistieron con túnicas muy cortas y sandalias de cuero de cabrito. les enjuagaron los cabellos con agua de astromelia.

reverdecidas

al ritmo de la antífona amorosa

se deshicieron frescas, florecidas, cumpliendo el rito de las iniciadoras y entraron en la luz con ritmo denso y dulce mientras los tallos tiernos penetraban jugosos en busca de sus grutas y ellas los conducían como a las aves que empiezan a volar, vertiéndose, encendidas, entregadoras de ese fuego que ellos querían que ardiera sin apagarse nunca, pues eran como niños navegantes por aguas peligrosas y descendían violentos hasta el vértigo reclamando a los gritos por el sabor a leche y miel que ellas iban fluyendo, dadoras, germinantes

viajantes del delirio.

la aurora vino pronto y descubrió los cuerpos de efebos en reposo que yacían en regazos de tibieza y olores de mujer.

misterios fálicos, explicaron algunas, sin detenerse en el sofisma. así llamaron ellos a los ritos en los que falos gigantes, en mármol, presidían.

tres aves de pintado plumaje se aposentaron en el portal de piedra y comenzaron a trinar. como llamando a un infortunio o a la desesperanza. como resquebrajando un sortilegio, fue la ilusión de algunas que percibieron desventuras.

la noche, la benévola

luna en creciente y cielo calmo de azul de pavo real iluminaban los leones de piedra. vigilantes

camineras del valle del destierro

por qué de la añoranza

si la luz es tan dulce
y el aire claro y amplio
como la madre tierra

¿por qué la cerrazón que no nos deja penetrar en este territorio
donde los pasos son oscuros como la ruta de un puñal?, ¿dónde los
sones de los pífanos y de las caracolas?, contaron pesarosas que
fueron preguntas a las voces

fue como el cruce del río de los llantos.

la escucharon bajando la escalera de cedro

ioh negra noche

nodriza de las áureas

estrellas...!

cubierta con cenizas y el cabello rapado y con los pies descalzos
llenos de sabañones y un extravío de pesadumbre en el mirar. gacela
acorralada, parecía gélido el corazón y amargas sus palabras.

¿y qué, será, de mí?

ningún oráculo me describió

como a la predestinada

asesina de su propia madre

se acercó al tumulto mortuorio con la vasija de bronce llena de
agua de mayo. acarició un mechón de rizos rubios que alguien había
dejado encima de la tumba. las descubrió de pronto como quien ve
el palacio de la muerte. o un centelleo de cuchillos



... y con los pies descalzos llenos de sabañones y un extravío de pesadumbre en el mirar. gacela acorralada, parecía.

o se siente rodeada de pétalos carnívoros
y así habló:

aciago día, caminantes

como entrar a tu casa donde ya el sol es prohibido

como cruzar aguas estigias

esa buscona, esa hechicera, esa escorpiona lujuriosa que nos
privó del tibio abrazo del que era nuestro sol para saciar sus apetitos
con el usurpador, llegó infatuada, aljofarada, sin un presentimiento.

las esclavas troyanas se retiraron a esperarla y comenzó la danza
del terror

cuando mi hermano quedó paralizado ante aquel rostro lívido y de rara belleza que lo reconocía llamándolo al amor de sus entrañas y clamando inocencia recordando la danza de Penélope que todavía yacía en el lecho de mi hermana la prometida al hijo de la Nereida que fue llevada al sacrificio para aplacar las iras de Artemisa, de mano de tu padre le gritaba, nefando y fiero autor de esta desdicha de que soy yo la señalada, no hieras, no asesines tu madre, y abrió la túnica mostrándole los pechos que él recordó tan blancos y aromosos y quiso hacer el gesto de acariciarlos como un niño y mamar como entonces, yo le aferré la mano que abandonaba ya la espada como si se pudiera burlar lo que el destino tiene escrito y le obligué a asestar dos golpes.

el cielo de Argos fue cubriéndose de aletear de rapaces mi amor,
mi hermano

mi ruiseñor verdoso

contaron ellas que cantaba mientras que retenía en sus brazos acunándolo a aquel mancebo rubio con ojos delirantes que repetía la nana. o sollozaba. o intentaba quitarse la sangre de las manos.

los cantos de mujeres llegaron con el viento. cristales, parecían. sueños de agua entre piedras o gritos de mandrágoras arrancadas de cuajo

montañas floreciendo

subían de los valles y atravesaban los caminos y recorrían las playas y arrecifes y penetraban en los bosques como lunas de octubre. endechas dulces como quejas de ausencia o llantos amorosos. o un arrullo doliente

orfebres, hilanderas, panaderas

casandras

son las vendimiadoras en el rayar del sol

las parenderas las pastoras las olvidadas de los dioses las celebrantes las amantes las sin victorias ni derrotas las aguateras las trigueras las leñadoras las plañideras las comadronas y las enterradoras

ensalmadoras, pitias, ménades

las acosadas por las hienas

los cantos seguían reverdeciendo o parecían ventarrones o lluvia o alabardas

como mantras, llegaban. densos y secretos.

los sones del cortejo anunciaban la fiesta con panderos y símbalos y flautas. las mensajeras anunciaron que ese era el himeneo de las hijas de Dánao y ellas vieron pasar las cincuenta doncellas con coronas de mirto en las guedejas largas de color avellana y velos que cubrían el hielo en sus miradas.

la fiesta de la muerte

zagalas y mancebos llevaban las antorchas y contemplaron carros llenos de guirnaldas



*... los sonos del cortejo anunciaban la fiesta con panderos y
címbalos y flautas.*

ivirginidad virginidad...!

¿a dónde vas y me abandonas...?

cantos como las lanzas de guerreras

bebieron vino de Corinto en copas con vértices de oro. ofrecieron
los velos a Afrodita y danzaron en ronda encadenadas por las
manos, que no temblaron ni un momento. los cincuenta mancebos
esperaron la noche con premura

ioh himen! ioh himeneo!

Venus cruel

ioh Venus deseada...!

en el lecho de amor había jacintos y olores de canela. ardentía en la sangre de los varones excitados por el dulzor de aquellas pieles y aquel aroma ácido que les bajaba por las ingles de potras espartanas

empalizadas, prisioneras

sintieron el desgarrar de aquellas como dagas buscando en sus lisuras sin esperar a que sus pétalos se abrieran ni permitir al fuego ir descendiendo para vertirlas, derramarlas, volver de aceite y goce aquella gruta herida sin razón, pues ellos horadaban, cabalgaban

como si se tratara de una doma.

la noche de las Danaides.

con sus propios venablos o las espadas o puñales

los encontró la luz del alba

yertos

así contaron que pasó. que Hermes el mensajero el de la lira de los siete tonos se llevó a los jinetes sin sus cabalgaduras espartanas.

solo una de ellas quebró el pacto.

delfines en manadas saltarinas seguían al bergantín que las llevó a la isla. viento solano, había. mar en leche. noches de cantos marineros y tibieza de estío

Mizar y Alcor en forma de tortuga

la cabeza del Draco

titilantes

las recibieron risas que aleteaban igual que las gaviotas en la
playa y coronas de eneldo y flores de azafrán y el abrazo y el roce
de las sedas de aquellas como corzas. o libélulas

o panteras muy jóvenes

potrancas galoperas, parecían

muchachas de la ronda de

la aurora

mensajeras del alba

cisnes dorados

de las aguas

de Xanthos

siguieron esas risas y esos andares leves como brisas marinas de
pies menudos y en los tobillos ajorcas florecidas hasta llegar al
pueblo de casas encaladas rodeadas de jardines. de pronto todo fue
alharaca. ocarinas y pífanos y címbalos y voces que gritaban

¡bienvenidas a la isla de

la dadora del amor...!

todas lucían coronas de hiedra o ramas de arce o mirtos o jacintos
y sandalias de frigia y usaban túnicas muy cortas llevando un pecho
descubierto

pintoras y escritoras

danzarinas de ritmos en azul

moldeadoras de arcilla

y mármol y maderas

tapiceras

trabajadoras de palabras

y sonidos

y sueños

no sé qué hacer, tengo dos almas... les comentó con voz doliente
la de la risa tierna y rizos como violetas mientras tañía en su lira con
asombro aquel descubrimiento y la vieron arder como leña de monte
donde caía una lluvia de hojas de álamos. o cipreses

o vides

como si un huracán soplara sobre los abedules

como de hielo el pulso

Athis no dijo una palabra. solo notaron el tremor ante aquella
parálisis de la que nunca vertiera lágrimas en duelos ni permitiera el
acose del hastío en las noches sin pléyades ni lunas. no tiembles, mi
inquietud... fue la respuesta de la musa al sentir la cabeza de rizos
azabaches que bajó a reposar en sus rodillas como buscando un
nido. o un abrazo. o una respuesta al infinito

caminantes de tiempos del amor

como poma en pomar

acristaladas, líquidas

reverdecidas en los bosques de paso hacia la vida fueron viviendo
también aquel asombro de encontrarse en el pulso el helor y la
candela. como un batir de mar entre las ingles. un eco de tus ecos
que se repite en otros ojos que te miran de vuelta del espejo. así lo
describieron.

ceñidas con madréporas y con mitras de Lidia y ungidas con los
bálsamos llegaron a la danza

bacantes, coribantes

pieles de seda y frutos en sazón

como ánforas de miel se fueron dando. vertidas, invencibles. como
metal que va fundiéndose. fuimos testigas y dadoras, reconocieron

unas con la memoria cristalina como llegando apenas de un secreto.
desalojada y escanciada y otra vez plena, en vuelo de retorno,
musitó la más joven mostrando el cofre con acacias. perdidas en
florestas y en grutas blandas y jugosas y como empetaladas, que
estaban a la espera con paciencia amorosa

para cruzar la noche de los tiempos

para volcarlas como

al agua

y beber en

su goce

vírgenes de ojos dulces les dieron el adiós y les trenzaron oro en
los cabellos

viajaron en

sus nombres

amadas

acunadas

en rito

alígero y

sin melancolía

después supieron que ardieron las ciudades.

ELXXX
IFIGENIA
HÉCUBA
ARTEMISA
ANTÍGONA
PANDORA
HELENA
YOCASTA
HYPOLITA
AFRODITA
SAFO
MEDEA
DIOTIMA
CLITEMNESTRA
HERA

Rayaba el sol cuando sintieron el bullicio. era como el estruendo de animales que huyen. como chasquidos. algazara de pájaros nocturnos. o merodear de lobos

como fragor de tempestad

como crujir de huesos, contaron unas con acento indeciso, reservado, dejando atrás los ecos de la muerte.

caminantes brumosas de los rumores del olvido

fulgores, elegías

a medida que iban abriendo trocha por el bosque se fueron topando. unos vestidos con pieles de leopardo. otros con las panoplias. yelmos de acero y escudos refulgentes con grabados de flores o animales. otros con solo los morriones o con las gambesinas. o las sandalias. o las botas. llevaban picas, arcabuces, bodoqueras y dardos y ballestas, trabucos naranjeros, espadas, puñaleas, arpones y mosquetes, arcos y flechas y granadas, fusiles y pistolas y sables y ametralladoras. otros sus hachas de abordaje. pero no había rumores ni estampidos.

solo el viento en los árboles desnudos

el callar de los muertos

emboscadas, temiendo martingalas fueron ojos de lince y precavidas como ardillas.

taimadas, como zorras

siguieron encontrándolos con tajos, punzaduras, cuchilladas o cortes de mandoble. a algunos todavía les manaba la sangre a cuajarones.

atravesados por las lanzas

destazados

divisaron almenas por entre un claro de abedules y otra vez barahúnda y vocerío y contemplaron sin resuello cómo salía candela desde los torreones y aceite hirviendo que lanzaban por canaletas con resortes y tiros de espingardas, carabinas rayadas y bocardas y dardos y saetas y ellos cargaban, martillaban, usaban serpentines, diestros y veloces, trepaban al fortín dando rugidos y alaridos que las petrificaron

camino de cuchillos damasquinos

viaje de aguas oscuras

y trofeos

de sangre

las vieron entre llamas.

espadachinas, fusileras, arcabuceras

ballesteras

espingarderas y arponeras

las pistolas al cinto, los sables y floretes, con los jubones de nudillos o con las jacerinas

o el pecho descubierto

bucaneras sin tregua, parecían

como leonas acosadas. ménades. vengadoras del tiempo del encuentro. estrategas como águilas, testimoniaron unas que mostraron heridas de arcabuz.

que entonaron con ellas los cantos de victoria después del
zafarrancho y apilaron las muertas en piras funerarias

que unas desperdigaron hojas de eucalipto sobre cuerpos fríos de
guerreros. que otras curaron las heridas. o prepararon el yantar.

que no se oyó ni un llanto.

neptuno embravecido zangoloteaba la balandra como si fuera de
juguete. ¡que mal rayo nos parta con este mar de leva! oían
refunfuñar los marineros atareados con velas y con jarcias hasta que
un viento largo barrió la tempestad. mares de aguas de tonos
esmeralda y fondos de coral, contaron unas que cruzaban cuando
escucharon esos cantos.

pregones, parecían

salmos, maitines

como rondallas amorosas

¡la cera en los oídos...!, cundió la orden como en pánico

vieron al capitán de barba hirsuta y pelirroja y ojos azul de
metileno temblar como un cachorro. todo fue algarabía. tañeres de
campanas. cuchicheos. correteos, tropezones. un ajetreo de popa a
proa como si fuera un incendio. o maremoto. o la hora llegada

caña de azúcar y algo ácido

lava precipitándose

como ocarinas, esas voces

¡a estribor... capitán! ¡ahoooooyyy...!

¡ahoooooyyy...! se oían alertas de grumetes y estruendos y chirridos
y por encima de aquella batahola seguía trayendo el viento cantos

ia vendarse los ojos...!

todos a una sacaron los pañuelos. se estremecían como hojitas. la balandra inmutable seguía su navegar. el capitán de voz tronante y cabellera oro hasta los hombros y cruzador de mares levantinos y de mares del sur y mares tropicales iba aferrado del timón con su torso desnudo y los ojos descubiertos atado a un mástil como si fuera un toro bravo

navegantes de cánticos del alba

buceadoras, ondinas

vieron desde la proa cómo ellas se acercaban

los mantos de algas

diademas de ónix y corales y nenúfares malvas de aderezo como narcotizadas, contaron unas que quedaron como vagantes vagarosas. pieles carne de anón. Como el trigal maduro los cabellos. pechos como panales y risa estrepitosa como agua de quebrada

fueron con ellas hasta la tierra firme.

comimos lotos y miel de acacia y merluzas y ostras. y agua de coco fresco. y sorbete de guayaba dormimos en hamacas, contaron unas carcajeándose como borrachas de ambrosía

cantaron y cantaron las canciones del mar y las del tiempo de cosecha. las del amor y del hastío

estrellas de los mares

arrulladoras

palomas azulinas

ninguno se dio cuenta cuando ellas izaron velas y levantaron el ancla poniendo proa al occidente.

todos estaban como aojados.

el cielo fue poniéndose de color amaranto y vieron aves en
bandadas armando un alboroto con los trinos como si las hubiera
agarrado una folía. como aturdiditas
en el vuelo.

como si no supieran dónde ir.

neblinas, relumbrones

el aire trajo olor de chamusquina. de gritos de pastores al rebaño
que ellas vieron cruzar con sus sonidos de sonajas y perseguidos por
mariposas blancas. como desdibujándose la tierra, contaron unas
regresando despacio a la memoria. como un correr de ciegos

como heridas abiertas

andantes de los días de los soles

oscuros

trasegadas

guardianas

buscadoras de espejos

todo ardía y ardía como si fueran teas que hubieran encendido
para alumbrar la noche. las mujeres deambulaban con las caras
tiznadas o acarreaban tinajas con el agua. o escarbaban tizones

todo era llamas y piedras desplomándose y aullidos de dolor y
gritos de los niños que no entendían por qué se despertaron de
pronto en el infierno. por qué un harpa sonaba desde el monte y
alguien cantaba esa romanza.

vieron pasar los días y las noches cubiertas de ceniza. siguieron las mujeres por unos pasadizos subterráneos donde ellas pernoctaban como sombras furtivas, pues el perseguidor había ordenado que fueran lapidadas o llevadas al circo donde la multitud contemplaba frenética de gozo enfrentarse a las fauces de leones o a las armas astadas que desgarraban destazaban les tajaban los senos les sacaban los ojos o les abrían el vientre. o las atravesaban impalándolas

que bebieron el vino y comieron del pan que les causaba a ellas la muerte.

que escucharon hablar como embrujadas de un hombre que era hijo de un dios y sus promesas de la resurrección y de su amor de hermano

de los idus de marzo

que contemplaron las legiones que habían atravesado el Rubicón los lábaros del águila

que nunca olvidarán esa figura altiva con ojos pompeyanos y voz sin un temblor repetir nueve veces la misma atestación y contemplar sin lágrimas esos nueve cadáveres que ellos tiraban a sus pies. despellejados. degollados. hijos de sus entrañas.

casi tan altas como las colinas o como cíclopes en piedra las vieron desde lejos. como formando ronda.

contaron trece torres

iper Bacco...!, quante fregne... exclamó un hombre de a caballo con el azor al puño y enjabelgado terciopelos y con pieles y con pinjantes de amatistas y sombrero con pluma de avestruz y entonces jadas y frases chabacanas saludando su entrada a la plazuela donde querían beber del agua de la fuente.

pelanduscas

rufianas

barraganas

rameras, meretrices

los oyeron gritar o cuchichear mientras las atisbaban como a yeguas de feria. vino de Orvieto y dos doblones fue lo que trajo el paje como oferta. *itutte le stesse...! itroie...!* siguió la cantinela el de a caballo

baladrón, fanfarrón

gallitos, parecían

zánganos remolones, pavoneándose

como simios en jaula llamando la atención, aseguraron unas que era el espectáculo. como rodeadas pringoso o maloliente que las fuera invadiendo

sorprendiendo

tratándolas de ajar

camineras de todos los caminos

atardeceres de arreboles. campaniles y pinos y llanuras con girasoles y con trigo. tierra rojiza como vasija de barro por donde andaregueaban peregrinos o pasaban cortejos de caballeros con penachos o damas enlutadas. o algún doncel terciando mandolina

o muchos hombres en arneses con estandartes de contienda las agarró la noche en pleno monte donde decían que merodeaba un lobo. pero encontraron solo las doncellas que ataviadas con túnicas de holán y ramas de bellísima en el pelo cantaban madrigales

girasoleras, trigueras, tejedoras

vivían en una casa con el techo pajizo a la orilla de una quebradita. carpinteaban y pescaban y sembraban verduras y

viñedos y elaboraban la cera de las abejas y aceite de higuera para sus lámparas votivas.

una noche en que caía la nieve llamaron a la puerta con premura y ellas no preguntaron ni siquiera quién va ni albergaron temores de algo tenebroso, pero al entrar los hombres con bravatas el corazón sintió la adversidad, pues arañaba como un garfio

rapaces al acecho. o ladrones de templos. así los describieron.

mostraron pergaminos. venían por una de ellas por orden de su padre. volamos a impedir el infortunio de la más frágil y la más tierna amiga cuando uno de ellos le lanzó el manotazo como agarrando un saco de monedas, ahora verás lo que es candela, la amenazó tratando de levantarla, pero el lirio moreno que estaba de rodillas se le volvió una roca y él comenzó a dar voces para que lo auxiliaran y entonces los diez hombres todos a una dieron tirones y pujaron lanzando por la boca sapos y culebras, pero no fue posible

era más fácil mover una muralla, recordaron absortas, fugándose otra vez hacia el portento.

hermana luna, llamaban a la luna. y hermano sol, al sol
y a las estrellas y a los pájaros y a todo ser viviente

celebraban la aurora con danzas y con laudes y recibían la noche con amor de palomas en arrullo

con miel a los viajeros

que armaron un jolgorio cuando llegaron los mancebos vestidos con sayales. que uno de ellos hablaba con las aves y el otro con los peces y domaban los vientos y las fieras. que todo fue como cristal.

como de fuego arrebatoso.

que pasarán los tiempos de los tiempos sin volver a vivir toda esa luz.

botas de pieles de osos blancos y lana de castilla y esencias de Madagascar y mirra de Abisinia con cristal de Murano y las sedas de oriente y alfombras de Bagdad y samovares y cazuelas hechos de cobre o plata y cajas de malaquita y mesas de ébano y marfil y figurillas de Tanagra y las pieles de nutria o de zorros plateados o los colmillos de elefantes o los collares de ámbar o granates y los zarcillos de amatistas y espadas toledanas o bodoqueras o flechas y encajes Bruselas y porcelanas de Delft

y baratijas y abalorios

iconos de mujeres con cara adolorida o de seres alados. o el Pantocrator. como ellos lo llamaban

todo eso en medio de cuchipanda.

vieron pasar a Colombina seguida de un león con la melena de lana, pelirroja

polichinelas y arlequines

la muerte y su

guadaña

sonando una matraca

jardines habitados por ánforas etruscas o por faunos de mármol como perdidos en medio de esa luz, iridisada. tormentosa

como merodeadores del silencio

que al cruzar por el puente donde los galeotes suspiraban al pensar en su destino infausto, vieron la comitiva con las damas vestidas en brocados. que era una tiara de diamantes y aderezo en rubíes, contaron unas que vieron su perfil como tallado en alabastro.

ila emperatriz...!

sonaron los clarines
y redoblantes
y timbales

que al pasar por su lado el palanquín recubierto de pieles de leopardo y velos color malva y un aroma a benjuí y a esencia de vainilla sus ojos renegridos como de halcón grullero se encontraron los de ellas que la observaban, lelas

viajeras de la memoria del
mañana

volatineras

aves del olvido

las saludó arrojándoles una rosa amarilla y una sonrisa como en nieblas. como ansiando volar a otras regiones. como si se sintiera empalizada

así la describieron.

siguieron el cortejo hasta el canal donde esperaban góndolas reales y góndolas con máscaras y peleles y títeres y festones y fuegos de artificio.

los muñecos de bronce sonaron las campanas del reloj de la plaza, que comenzó a inundarse. a reflejar las cúpulas y los frontones de mosaicos y los caballos verdes, que parecían flotantes, sin cuadriga

encajera, vidriosa

gondolera

así la recorrieron. así fueron testigas del paso de mercaderes y tetrarcas. de saltimbanquis y pintores. del construir de puentes y palacios.

de un carromato a paso lento recorriendo la orilla de los canales
con la estridencia sorda de su carga y gritos apagados que clamaban
a la misericordia o a la venganza
o pedían la justicia
cadaveri, cadaveri
que ella siempre al pescante. golosinera. apelmazándolos, como si
fueran zarandajas.

por entre almendros y cerezos en flor las vieron desfilas. blancas
como los nardos las vestiduras blancas con heliotropos y narcisos.
con tulipanes y azahares formando ramos o diademas. con paso
suave y altanero.

ninfas, seguro
de lejanas comarcas
¿ninfas...?, ¿seguro...?, fue lo que susurraron los dos mozos al lado
del camino, mientras se descubrían la cabeza.

la urna de cristal
reverberaba con el sol
seis de ellas la llevaban y otras seis hacían guardia y cinco más
formaban el cortejo que fue cruzando como una aparición. como una
ráfaga de sueños como transmigraciones
o una ranura al espejismo
iban cantando que *le plaisir d'amour ne dure pas longtemps*
mientras sonaban bandolines.

¿quién era esa mujer que llevan a enterrar cubierta con armiños y
esos cantos? ¿por qué tan joven se quebraron sus alas de torcaza?

¿dónde dejó sus sueños?

¿dónde el amor que va a llegar de pronto como los huracanes y no
la va a encontrar...?

viajera fue del agua

candorosa

ivete a un convento! contaron que dijeron que le ordenó su
príncipe encantado, pero ella no quería sino seguir sus manos que
temblaban y su voz en delirio buscando a los fantasmas por entre
torreones y noches de relámpagos

su príncipe del alba y

los floretes

y la sangre

cantaba, entre ninfeas

como un trinar de golondrinas ciegas, se recordaron unas, que se
sintieron náufragas como ella. como si reclamaran a los
presentimientos

es el cortejo de la que fue a esperar en vano el canto de la
alondra porque llegaron emisarios con escudos y espadas y el odio
por guardián. malandrines. bergantes. mercenarios oscuros del
destino

pájara alicortada, parecía

como sufriendo de un hechizo.

llegaron las auroras y vinieron las noches de tibios resplandores y
el corazón se le partía. tu príncipe no vuelve; fue lo que oyó cantar
al ruiseñor y el viento le traía los rumores de aceros y aquella voz
matrera, almíbar

alcándara a la espera del azor

la daga de su príncipe encantado que le había prometido el paraíso y el sueño del amor la penetró, vertiéndola, voraz. con los ojos abiertos la encontraron

mirándolo yacer en hielo y sombra
viajeras de las flores y de los ríos
de los llantos

¿dónde el arrullo y el placer penetrando en la piel como una quemazón?

¿la siguen sus anhelos y los aromas del durazno y el color de este cielo en primavera?, fue la zozobra de la más joven, que parecía acosada por coyotes

mi amor
mi amiga dulce
como miel
cantaban, suspiraban

descargaron la urna de cristal al pie de un árbol de guayaba. contemplaron su sueño que duraría cien años o doscientos o mil. hasta que el príncipe descubra que no es encantamiento, contaron que dijeron las doncellas. cuando él despierte de ese sortilegio

de ese buscar febricitante como de fiera en celo

como anublado cuentan que llegó. como perdido en la vorágine. que entró a la casa y arrasó los helechos, despedazando las orquídeas con el rastrillo de las espuelas. que se estuvo en la hamaca dos días dos noches, llamándola bajito. que el río Cauca bajó esa madrugada como leona enfurecida

que en la mañana descubrieron cadáveres de pájaros.

peregrinas, cantoras
siguieron avanzando

*si a tu ventana llega una paloma trátala con cariño que es mi
persona*

que la miraron ir. su desnudez cubierta con los pétalos.

como en alianza de sangre
o sepultando
lanzas
sembraron con sus
nombres
las aguas
y los vientos

AGRIPINA
GIOCONDA
CALPURNIA
LUCIA
MESALINA
TEODORA
MARIA
OFELIA
MINERVA
JULIETA
LUCRECIA
FABIOLA

distinguieron arcadas en madera ornadas con festones de
papelillo chino y flores de crepé. avanzaron por una calle larga y
despoblada. ni un rumor. ni un aleteo de pájaros. el sol en mediodía
y un aire y frío, contaron unas indecisas, como si deshojaran
margaritas. como llegando al río y descubriendo un agua

cárdena

como si todavía algo faltara por nacer

talismanes, destinos

desvaríos, dijeron. hogueras esperando mientras la sangre casi no
batía de tanta lucha contra el tiempo y contra el corazón, amurallado
barricado

fueron saliendo de las casas o de los hospitales o escuelas o
mercados o llegaban del río con sus hatos al hombro, de lavar. o
venían del campo de la siembra. salían de las iglesias o los claustros
o se sentaban en el pórtico fumando sus calillas y dándose aire con.
abanicos de hoja

otras se contemplaban las arrugas delante del espejo.

no hay nadie...

el viento, el viento, el viento

va a caer tempestad, comentaron tres hombres entrando a la
taberna.

no hay nadie

camineras

de todos los silencios

las manos ya no bastan para abrir los caminos o desgranar mazorcas o penetrar en las regiones invioladas. los ojos nunca vieron y los oídos nunca oyeron.

desmantelada, parecía

se dirigía a ellas con el paso cansino. con sus ojos de bruma y fuegos fatuos. con el pelo cenizo hasta los calcañares entresijado de amapolas y mariposas de papel y hojas de cedro y de guayabo y plumas amarillas y borrascas y noches y ciudades perdidas

y así les fue contando:

el tiempo ha sido hostil y pesaroso. ha cruzado en sigilo por nuestros cuerpos hechos para el goce y nos sembró en el útero el silencio. cadencia ajena fue voz, que ha sido amaestrada. ignorada y estéril. y no les dijo más. se dio la vuelta hacia el camino de las otras, que parecían adormecidas o sordas o como en otro mundo y así, sin abrir boca, hasta las piras funerarias.

como bajando a un pozo. fue así como contaron que las vieron.

¿así se van a ir? ¿como partiendo del olvido...?, estaba susurrando la más joven cuando llegaron los enanos con los perros cazadores y de pronto se oyeron como ramas de bosques en pleno ventarrón o como un río en creciente. o lluvia de verano

o cataratas

como rayos o hachazos desgajando un nopal

ariscas, retrecheras

con velos negros y descalzas

venían con aire levantisco y mirar desenvuelto y los enanos se asustaron y los perros ladraban pero ellas los oyeron y miraron como quien ve y oye llover.

ino iremos más al fuego, porque sí...!
como la flecha que va ardida y revienta la cuerda de un violín

que así se desbordó el silencio de los siglos.
madrugadas de escarchas y neblinas
cerezas, toronjiles

las primaveras como una borrachera o un canto en verdes
retoñados. o noches dulces de encuentros y de rondas
y ese estallar los árboles en flor y tardes de arreboles.
anduvieron en tiempos de verano. cuando el trigo se abre
y las montañas se ponen amarillas porque florecen las retamas y
las ovejas pastan trasquiladas. olores a durazno. tiempos de baños
en los ríos

y de estrellas fugaces
de cantos de cigarras y vuelo de cigüeñas
encontraron los vientos desatados cruzando regiones montañosas.
lobas blancas rondando

como círculos de agua, contaron unas que fue expandiéndose el
color. como en los cuentos de hadas las hojas se encendieron en
tonos de candela que se fueron volviendo como de oro y el bosque
fue poblándose de gnomos de sílfides y ardillas.

tiempos de ensoñaciones y artificios
de nostalgias con ribetes de luces engañosas, dijeron unas como
perdidas en el hielo o en llamados sin eco. otros contaron que eran
como regiones de unicornios. o naves al garete. otras que eran
latidos de corazones solitarios

cargados de preguntas
todas pasaron el atajo

acordonadas, silencieras
todas llegando de
otras voces,

¿dónde está el sol de los venados? ¿por qué tan solas estas trochas de nieves y aves agoreras?, quiso saber la más pequeña que había encontrado un trébol de cuatro hojas.

es invierno, viajera

dijeron las mujeres que transitaban en carretas forradas con las pieles de tigrillos de monte y que las convidaron a subir y esa noche al calor de las fogatas comieron carne de guatín que habían cazado en la mañana y tomaron licor sacado de las perlas.

tiempos desvertebrados. gris pizarra. noches muy largas y sin ruidos.

llovía a cántaros desde la madrugada. guarecidas debajo de una encina veían pasar los hombres con los jubones ensopados y las calzas chorreando. unos llevaban hoces. otros picas. otros carcaj y flechas.

las mujeres iban cargadas con melones o cestas con zapallos o cebollas o pimentones o apio o ramas de cilantro. otras llevaban hatos con la ropa. otras los niños, que azuzaban los gansos y los perros que armaban bullaranga por entre pantaneros.

como en revuelo, parecían.

todos con capuchones y vestimenta en lana. todos camino a una casona enorme de piedra aparejada que se veía a la distancia entre los abedules.

siguieron al gentío que pasaba y pasaba como una procesión de algarabía y brumas y cabras montaraces hasta llegar a aquel refugio que tenía tres portales con figuras humanas esculpidas en piedra

amarillosa y como si brotara de una almendra una estatua de talla de gigante de un ser que abría los brazos como acogiendo. o como si eligiera

como ofreciendo alianza de poderes, contaron unas con la memoria pendenciera y gestos cautelosos. como una nueva ruta. o una luz que encandila. como un tesoro oculto, fue lo que dijo la pequeña rezagada y arisca

viajantes de los tiempos de los ríos de sangre. hogueras, maleficios

adentro del recinto se acomodaron en medio de mujeres y animales y niños y verduras y de hombres que roncaban o bostezaban cada rato y todos tiritaban, pues el aire era gélido. después prendieron ramas de eucalipto y comenzaron a cantar.

entraron hombres con cabezas rapadas y sayales raídos y barbas hasta el suelo

tres mozas rozagantes amamantaban sus criaturas y repetían y repetían en latín lo que los hombres de sayales recitaban y dibujaban signos en la frente con gesto amedrentado y se iban acunando, espalda contra espalda, hasta que al fin fueron durmiéndose unas sobre las otras, como niñas perdidas en el bosque.

¿por qué el asombro?

peregrinas

de estas tierras

de azar?

la luz deshace las amarras. hay que contar la historia de frente al huracán. talar la sombra. volar con las gaviotas en los amaneceres de lujuria y beber de la sangre que mana de la herida de escorpión.

zalagardas, pronunció en un murmullo.

la vieron arrastrarse en sus muñones apoyada en muletas y no acataron a moverse pues les clavó los ojos como aojándolas.

sortilegios, conjuros

como una cobra, parecía.

así contaron unas que la vieron, con el alma en un hilo. querían huir despavoridas de aquel albergue abarrotado de olores fétidos y llantos y cantos salmodiales y ese aire de recelo y las miradas torvas de los hombres, que orinaban flemáticos contra columnas que tenían capiteles llenos de espantajos.

pigmeos con colas y con trinchos y otros pigmeos alados y otros metidos en el fuego y toda esa horridez como un castigo

iesa es Eva...! ila fémina traidora...!, les señaló huesuda con su mano tembleque, a una figura en piedra con gesto acoquinado, menudita y desnuda. y ese a su lado, el primer hombre

como desguarnecidas

que conocieron las palabras de las ensalmadoras. vieron la muerte llegar en filtros y alfileres. los pactos del oscuro. las patas de lagarto debajo de los jubones. los ajos. las pencas de la sábila. las mariposas negras y los espejos rotos.

que fue como una entrada a una zona de fuegos y de arcanos.

los pescadores lanzaban redes y más redes, pero pescados casi no salían. era luna en menguante, farfullaban. es el año bisiesto, calculaban algunos por no aceptar que era la víspera de dos ejecuciones y que el cielo era torvo

congelado

icruzdiablo...! ivade retro...! fue aquel maldito gato que nos topamos en el cruce.

y si no vacían las alforjas para pagar los diezmos y se revuelcan menos con las hembras y dejan la embriaguez, el mar no les va a dar. iherejes...! imaniqueos...!, hacía aspaviento un hombre enjuto con los ojos candentes por la ira y con el pelo enmarañado, apuntando a las nubes con su bastón de cedro como clamando al viento o a los pájaros. como sembrando tempestades.

calígine, destierros

caminos agoreros por donde deambulaban la codicia y el hambre y zorros grises. crepúsculos medrosos. de llamaradas y de llantos. vieron las varas altas que en los amaneceres exhibían los cadáveres colgando de las ruedas como flores marchitas.

los buitres, carroñeros

como si el mundo fuera galopando en una yegua ciega, contaron unas tratando de arrancarlo de la memoria ardida. como un oscuro parto del lucífugo

ino es cierto que la tierra sea redonda...! iandrómina...!

iembeleco...! ison blasfemias de apóstatas! en el confín del mar hay un abismo fosco e insondable donde se precipita todo como una catarata. iallí se acaba el mundo...! ino es cierto que la tierra dé vueltas alrededor del sol! ipatrañas...! itrapisondas! son dislates de un fraile endemoniado que pretende endilgarnos sus delirios, pero chamuscará su rabo con su orgullo satánico en la hoguera.

así gritaban los hombres con sayales, pero los marineros contaban otras cosas



... iesa es Eva...! ila fémina traidora!, les señaló huesuda con su mano tembleque...

¿por qué es que no se caen ni la luna ni el sol?

¿dónde se anida el ángel de la muerte que tala el vientre de las madres con esa espada ponzoñosa y ahoga en sangre a la esperanza?

viajadoras de tantos laberintos

¿hasta cuándo el sonido amordazado?

preguntaron así.

como bebiendo de agua almibarada por la primera vez. o despertando el corazón. o descubriendo el ritmo de sus miembros

grullas salvajes, parecían juglarcitas, gitanas

las vieron avanzar apoyadas las manos sobre unas ruedas de colores y elevando cometas y unas lanzaban en el aire ramilletes de lis o platillos de loza que daban volteretas y otras botaban candela por la boca y había dos como ninfas de talle prieto y cabelleras sueltas del color de la flor del carbonero que caminaban en el aire de una punta a la otra de una cuerda y dos mozas trozudas que se envolvían cadenas en el cuerpo y las hacían trizas después con movimientos de los músculos y así de pueblo en pueblo, de campiña en campiña, seguidas de los niños, que las llamaban saltimbanquis.

que fueron tiempos que penetraron el asombro. regiones prohibidas.

que las oyeron cuando hablaban de rotaciones de planetas y seguir las estrellas por sus nombres y predecir futuros y las vieron mezclar las yerbas y los filtros con los que hacían prodigios. que conocían la fuerza de la mente y utilizaban su poder para no ser esclavas.

que fueron inculpadas de todas las catástrofes y pestes. de sostener un pacto con el diablo. de zorras voladoras.

que las quemaban vivas en medio de las plazas donde los padres llevaban a sus hijas y las niñas entonces, imitaban los hombres y aplaudían.

que la leyenda fue aumentando como un río en creciente.

dos hombres desenvainaron sus floretes y en la taberna hubo un rumor como aleteo de gavilanes. o crepitar de fuego. como un zumbido de avispero, dijeron unas pensativas, destejendo las

sombras de aquel anochecer. otras formaron rondas imitando los cantos de un grupo de mozos achispados

gaudeamus igitur juvenes dum sumus

lenguaraces, gresqueros

en medio a la algazara oyeron voces de iracundia llamándose granujas, perillanes y en menos de lo que canta un gallo se armó una barahúnda y se blandían espadas o se esgrimían cuchillos de damascos o estiletes que habían estado ocultos debajo de las capas o entre las jacerinas y ellas vieron los mozos bullaraces desnudar los aceros y lanzarse al asalto como si fuera al abordaje

hoy anda el diablo suelto, balbuceó amedrentada una mujer que servía en la trastienda volcando el vino en el mandil. imi Dios, misericordia!, y se hizo cruces.

crujidos, vocería

como un relampagueo

volaban copas y taburetes y ajos en ringleras y bateas y cucharas y el estridor de la refriega las dejó como en piedra.

como cercadas de cardos borriqueros. viajeros de caminos de alabardas

y luces huidizas

y de figuraciones

de pronto, un mancebo sin capa y con sombrero de plumas de faisán entró en la escaramuza como si un desvarío lo poseyera. igandules...! ipícaros buchiplumas...!, los azuzaba arremetiendo a troche y moche a mandoblazos que parecían trozar el humo o el aliento. o tasajear la propia sombra

tigra parida, parecía.

saltaba esquivo como un venado que huele chamusquina y lo vieron jugar compás oblicuo y rebatir después en molinetes, muñequando y floreando y haciendo fintas y cornadas, los engavilanaba, parando, desarmando, contando los botones de contrincantes azorados que rendían las espadas y espadas y espadines, pero jamás se tiró a fondo, hasta que vio venir un hombre encapuchado con cadenas de hierro y bolas en las puntas y entonces hizo un quite, farolelo, se plantó encima de la mesa, ¡Narciso, a mí...!, gritó y de un vuelo feroz le aterrizó en el pecho dando con él a tierra donde lo castigó a los cintarazos hasta que el hombre del mangual salió como un alma en pena

ese es el fraile campanero, oyeron comentar en murmurio. ahorcó los hábitos en pascua y anda embrujado. aojado

que el garrido mancebo tenía los ojos color de su jubón de terciopelo, que era violeta intenso, que usaba calzas de hilo y sandalias de cuero de cabritilla. que al quitarse el sombrero con gesto hidalgo y armonioso el pelo liso y renegrado le cayó por la espalda casi hasta la cintura y que se echó a reír a carcajadas.

que su camisa en seda se entreabrió y le vieron los senos como duraznos en sazón.

que bebieron con ella y con Narciso del licor de ciruelas.

hacía tres días que soplabla el mistral y el cielo era color azul de metileno. como metálico. sin nubes. a través de las ramas de los robles vieron cruzar aves rapaces con alas desplegadas.

los campos color de terracota o comenzando a florecer en retama
y glicinas y lavanda

oían el canto de lavanderas cuando cruzaban los torrentes

je l'aime

l'aimerais toujours

cette geruillite

l'aimerais d'amour

como abrigando,

acariciando

se detenían de cuando en cuando a recoger orégano y anís y
albahaca y rosmarino y caminaban, caminaban, embozadas en las
capuchas blancas que les habían tejido las mujeres para pagarles la
bondad, así dijeron, les pusimos emplastos de lengua de venado
machacada. sufrían mal de la rosa, contaron unas abriendo un cofre
de sándalo del que sacaron dos pomos de cristal de rubí. otras
trataron de describir la opacidad. otras las vísceras. o signos.

o figuras

la pugna estéril con aquel mensajero del escudo emplumado y
espada vengadora.

¿cuál es el Dios que enluta así? ¿quién lo invocó a la lid de la vida
y la muerte?, quiso saber la más pequeña que entró en
encantamiento y hablaba con las sílfides.

cerrazones, asombros

las rondas de los lobos.

cruzaron tiempos lentos y encerrados como los

caracoles. tiempos de desventuras y de infamias. tiempos sin
tiempo de jolgorio con mandolinas porque los días y las noches los
ocupó la trapacera

la parca y sus rumores

las rapaces seguían las filas de ataúdes que eran de pino o roble o cedro negro. todos con cruces en la tapa. con violetas o mirtos o jazmines. que iban dejando aromas dulces y un recuerdo dañino batiendo adentro de la sangre.

así lo dibujaron. como una tarde de borrasca. como desfiles sigilosos hacia un límite ignaro, lo describieron unas con aire ensimismado. como escaleras cortadas de repente y sin llegar a ningún sitio.

¿a quiénes llevan a enterrar con esos misereres cantados por los niños...? ¿quién es la amortajada que no lleva cajón ni un ramillete de flores...?

son las muertas de parto. la mayoría se arrastran también a las criaturas. no las quieren dejar en este mundo. si son hembras mejor camino harán allá que acá, respondió una mujer con la mirada fija y pendiente de los pájaros rapaces.

después siguió detrás de aquel cortejo acompañada del bastón y de una niña distraída con ojitos cansados que canturreaba *je l'aime, l'aimerais toujours cette gentille l'aimerais d'amour...* como pensando en la muñeca que ahora estaría durmiendo en el granero o en su caballo de madera o en los niños cruzados que una mujer había contado esa mañana que fueron a la guerra con crucifijos por bandera y las cotas de malla y gallardetes y estandartes y cruces en el pecho a combatir a los infieles y liberar la tierra Santa de tantos pecadores. cantando salmos. con sus espadas relucientes. así se imaginaba, de seguro guerrera, paladina

destazando enemigos de la fe con su puñal de acero de damasco sin importarle el resto.

que habían desembarcado en el puerto de Brindisi y estaban dando gracias al Señor cuando los sarracenos salieron de escondites fieras hambrientas, parecían.

que los habían violado. los volvieron tasajo después de eso.

la anciana tironeaba y comenzó a contarle la misma retahíla que había una vez una niñita rubia como el sol que no tenía zapatos y que era huérfana como ella pero que era obediente y recatada y sobre todo labonosa y que las hermanastras eran bochinceras y se morían de pique al verla tan hermosa y al fin un príncipe pasó frente a su casa en su caballo blanco enjaezando con borlones de seda y riendas de oro y le pidió que fuera su princesa y entonces ellas vieron cómo se paró y la miró. con porte de infatuada. como quien llega vencedora de quimeras y ensueños.

como desenjaulada

espadachina

yo voy a ser cruzada. no me gustan los príncipes, abuela.

que así la vieron alejarse. menuda y retrechera y ojos tristes. canturreando. descalza. como quien va encuentro de un delirio.

je l'aime

l'aimerais toujours

cette gentille

la nuit et

le jour...

que las siguió aquel canto como ángel compañero.

de un grifo alado brotaba el agua fresca y ellas bebieron de aquel pozo en piedra amanllosa. la misma piedra del castillo.

vieron flotar al viento banderolas de raso carmesí con medialunas blancas en un campo de azur y en las almenas distinguieron hombres con arcabuces o con armas astadas. O ballestas. romerías, cardones

cadáveres de pájaros

como fusiones de sueños de la infancia, fue lo que dijo la del cabello color de luna de septiembre. la caminante más antigua. la de la mano firme y carne vigorosa.

como zonas de pugna o noches de armisticio. como bosques de vidrio donde no llega el sol, contaron unas mostrando los espejos de marcos engastados con perlas y rubíes.

como buscar los fuegos fatuos

escucharon trompetas. los cascos de caballos. el frote de armaduras y entrechocar de espuelas y los miraron avanzar con sus plumones y penachos y panoplias y escudos y sus cotas de malla ensangrentadas y atisbaron los rostros sudorosos salpicados de fango y huellas de hambre. o fiebre. vieron cruzar los alazanes con gualdrapas azules y borlas de hilos de oro. un hombre con turbante de tela de damasco. banderas blancas con escudos. estandartes azules en campo de naranjeros. observaron azores. lanzas rotas.

aletargados, parecían.

como llegando de un naufragio, contaron unas que penetraron huidizas en esa marcha de la muerte.

¿cuándo será el regreso de las flores

de cantares

y noches

sin trofeos?

la rueda gira sin cesar. el tiempo tiene encuentros con la luz y esta figuración se va a desvanecer como las rosas cuando se despetalan. los tiempos de la fuerza ya acordonaron y amordazaron y cegaron a muchos navegantes pero Acuario será. como una aurora

la Ley es de dos filos camineras.

así la oyeron predecir.

la vieron desplegar la carta sidereal y les mostró los sínodos, las conjunciones y habló de cuadraturas. conjunción magna en Venus será el comienzo de la lid y donde quiera que aparezca el primer grito de Amazona la tempestad lo seguirá. el mar lo seguirá. el fuego. el aire. el sol

la noche.

las trompetas doradas retumbaron de nuevo y el puente levadizo tocó tierra. contemplaron el paso del ejército cruzando el foso al son de los tambores mientras caían sobre ellos pétalos de jazmín y ramitos de olivo que las doncellas les lanzaban cantando melodías en que se mencionaba el alba y el amor. fueron testigas de la noche con luces de bengala y ritos en la fronda donde brotaban y crecían las quejas y lamentos como si la candela los estuviera consumiendo. o un gran terror rondara.

o un flagelo

viajeras de los tiempos

de atardeceres pardos

noches blancas

los laberintos son la ruta donde el silencio se cultiva y crece como el tiempo. como la veleidosa pluma de un quetzal. no existen retiradas, el camino varía de tonos y señales y tiene cuatro puntos

de reencuentro y jamás hay palabras inasibles porque las tejedoras
conocemos los ritmos de la luna y el flujo de las aguas. no hay
quimeras aquí. no desatamos artificios. los hilos de la sangre no nos
despojan las entrañas como cuando éramos criadas en zahúrdas
por orden de infatuados gobernantes.

ahora somos arañas, les dijeron, mientras las conducían de la
mano por espacios poblados de vientos tropicales y sonidos de gritos
de combate.

iridisadas, argonautas
que así fueron mirando los tapices.

que descendieron a regiones en el centro del mundo donde las
hilanderas tejían y tejían con armonía y celo. con las armas al cinto.

vieron pasar la comitiva con varones ataviados con satines y
chalecos de pieles y brocados y dagas largas y puñales al cinto y
espadas con zafiros engastados en las empuñaduras y las bolsas de
piel de cabritilla y las capas bordadas con los leopardos de
Inglaterra.

cabalgaduras briosas

los perdigueros y lebreles tirando las traíllas como queriendo salir
a beber vientos.

observaron los mozos llevando las alcándaras. el montero mayor.
escopeteros. ballesteros. todos con sus zurriones y sus perdigoneras
y sombreros de fieltro encasquetados con aire de desidia pero con
paso alerta.

la trompa de caza resonó en la floresta como acosando al viento o
a los tilos

o azorando a los pájaros
como jaleando espantos.

como buscando gresca, dijeron unas tanteando las raíces de una
memoria fatigosa. desprendiendo el azor del puño de uno de
aquellos caballeros con adargas y golas de satín y haciéndolo partir
como una bala.

así los vieron correr monte y rondar y azuzar y preparar los cepos
mientras la ladra de los galgos y el estampido de escopetas las
cercaba, voraz, como una arena movediza.

oyeron tintineos.

la comitiva fue acercándose y distinguieron cuatro hombres
corpulentos y con el pelo hasta los hombros llevando en guando en
una jaula de oro a una doncella de mejillas muy pálidas y aljofarada
y adornada a la manera de las vírgenes en la mañana de las nupcias.

las manos aferradas a los barrotes de oro ojos sobrecogidos

el pelo negro entrelazado con flores de bellísima. rodeada por
ortigas, parecía.

peregrinas de los sueños

perdidos y

de alboradas

fértiles

¿cuál es la mano que me consigna sin piedad a esta estancia de
olvidos y de alardes?

soy fluida y ardiente como sangre. un girar loco parece el corazón
que ya no entiende las palabras ni quiere oír el mar. nada germina
no hay señales.

así se estaba quejando cuando los galgos dejaron de ladrar y el bosque enmudeció. como si una emboscada o un hechizo estuvieran rondando

o algún presentimiento, dijeron unas mostrando los dibujos donde la luz caía sobre las hojas. como si fueran niños que ven un espantajo

o a las harpías delante del caldero.

nadie dijo palabra cuando aquel animal se fue acercando con paso algodónoso y se plantó delante de la jaula como ordenando que la abrieran. un cazador tentó en su alforja un perdigón de plata pero se amilanó y no llegó a cargar el arma al observar los ojos fieros color avellanado de aquella bestia que era mitad potrillo y mitad cabra y con un cuerno en medio del testuz tan grande como un asta de marfil

blanco como la pulpa de coco.

nadie intentó ni resollar cuando la joven abrió la jaula de oro y los miró como alguien que hubiera estado emparedada por una eternidad y de nuevo asistiera al vuelo de mariposas. o saboreara chirimoyas.

alabastrina, vencedora

como si fuera Hipólita.

presenciaron su paso de pies menudos y descalzos y advirtieron el castañear de dientes de los hombres cuando posó su mano en la crinera como si fuera la cabeza de una niña dormida. te esperaba. la oyeron susurrar ajena al aspaviento de aquella concurrencia que hacía higas. o el signo de la cruz

o recitaba avemarías.

después sacó el espejo con mango de oro y marco aderezado con granates y lo puso de frente al unicornio que se sentó en dos patas y colocó las delanteras encima de las rodillas cubiertas por brocados y así permaneció

embelesado, dijeron.

estaba el sol en mediodía y todavía el recelo cundía por el bosque como si algún embrujo quisiera acordonarlos cuando trinaron dos pájaros azules. el unicornio entonces soltó un relincho agudo y echó a andar. la joven lo siguió prendida de su crin sin ni siquiera apercibirse del estupor y del espanto

sin mirar para atrás.

al caer de la tarde llegaron al torrente donde con gran algarabía y con ramas de azahar y miel y leche de cabra las recibieron las doncellas

que danzaron con ellas al ritmo de mandolinas y panderos y se bañaron en el río con luz de luna y esencias de benjuí.

que fue un amanecer con nuevas huellas.



... después sacó el espejo con mango de oro y marco aderezado con granates y lo puso de frente al unicornio...

el único rumor que cortaba el silencio de aquel pueblo eran las mazas y las picas golpeando contra piedra. atravesaron explanadas donde no había ni árboles ni flores. solo cardones o perros flacuchos deambulando o algún asno. o rechinar de puertas polvaredas

ni un alma por las calles. dos niñas jugaban a rayuela y un hombre de sayal atravesó la plaza. tenía barba entrecana y enmarañada como un nido abandonado en el invierno.

los ojos como brasas

iy hay de aquellas que anden pariendo en esos días...! les lanzó en plena cara como si fueran renegadas o las culpables de algún ensalmamiento. como si el miedo o el vacío le royeran los huesos o un viento lo abrasara, fue la memoria de la mayor.

la imaginera sin quejas ni nostalgias.

como jardines del silencio, dijeron unas girando hacia la tarde en que no hacía sol y todo parecía a la espera de un pacto.

o un destino

los hombres construían una de las torres de un edificio inmenso con rosetas de vidrios de colores y ojivas altas y esculturas de santos o reyes. o profetas. un ángel de alas desplegadas y de sonrisa leve presidía la entrada de uno de los pórticos

adormideras, arces

como bandada de mariposas las vio cruzar la madrugada. durmieron en el campo cubiertas por las flores de lavanda y claveles del aire y arrulladas por el chirriar de grillos y el batir de las ramas de los álamos. despertaron rodeadas de silencio y se echaron a andar, como siguiendo una señal.

pájaros emigrantes

de las zonas de fuego

y las aguas

de luna

¿son regiones de albur estas comarcas de mies y luces boreales? ¿no hay ningún puente que cruce este hermetismo?, se inquietó la más joven, que en las noches soñaba con el mar y despertaba con morriña y entonces ellas la acunaban con cantos marineros.

solo hay caminos, caminante

la abrigaron las voces

divisaron los hombres puliendo escudos y armaduras o engrasando ballestas o remendando jacerinas. otros estaban acurrucados al lado de las fogatas o cortaban la leña. o preparaban flechas. nadie cruzaba una palabra como si los chacales los rodearan.

o un alud.

un cristo de madera se alzaba en medio de aquella soldadesca a la manera de estandarte

serían más de dos mil.

cuando ellas caminaron por entre los guerreros nadie les preguntó ni quiénes eran ni de dónde venían. las están esperando, susurraron las niñas que les salieron al encuentro con ojos de cervatillas espantadas y las tomaron de la mano. así las condujeron al establo donde había dos soldados jugando al ajedrez y una mujer anciana que hilaba en una rueca.

un juglarcito herido yacía en el pajar, con la flecha incrustada en la clavícula

cuatro sarmientos en la puerta

la anciana las miró como quien ha aguardado a la esperanza noche y día y sin parar de hilar les hizo un gesto de quien sobreagua en remolino. después se le acercó apoyada en las muletas y arrastrando las piernas. como leona herida.

las esperábamos, viajeras

y comenzó a esparcir orégano. a azucar la candela con hojas de eucalipto. a recitar en un idioma extraño una especie de cántico monótono como si fuera un mantra o hubiera entrado en desvarío.

le puse telarañas para pararle la hemorragia y le di el agua de cilantrillo y cáscara de ruibarbo macerada y le tengo tres velas a las

ánimas y con leche calostro y la placenta de una mujer en primer parto le saneo la henda apenas amanece y apenas anochece y esparzo el agua de altamisa y se la unto en todo el cuerpo. pero la calentura no le cede. así explicó. con voz oscura.

como un guardián vencido

se colocaron en un círculo y una de ellas tentó la herida del juglar con sus dedos de pétalos de rosa y le arrancó la flecha, sin dolor. se estaba ya vidriando la mirada.

ojos de tigre, parecían

manos de quien cultiva la armonía y el cabello color de trigo madurado, contaron unas que habían reverdecido después de aquella noche.

noche benévola y de luna creciente

retiraron los talismanes y amuletos que rodeaban el cuerpo en agonía que deliraba que el Delfín que coronarlo en Reims que vencerían a los ingleses. que había que desterrarlos. una por una se fueron acercando como si se estuvieran desprendiendo de la vida o naciendo otra vez. o penetrando en tierras olvidadas.

como si la parieran

porque era una mujer y no un juglar.

sus pechos de paloma que ardían como brasas se fueron entregando a las caricias y el pulso fue aquietándose cuando ellas la mimaban cantándole la nana de la flor de poleo.

así llegó la aurora.

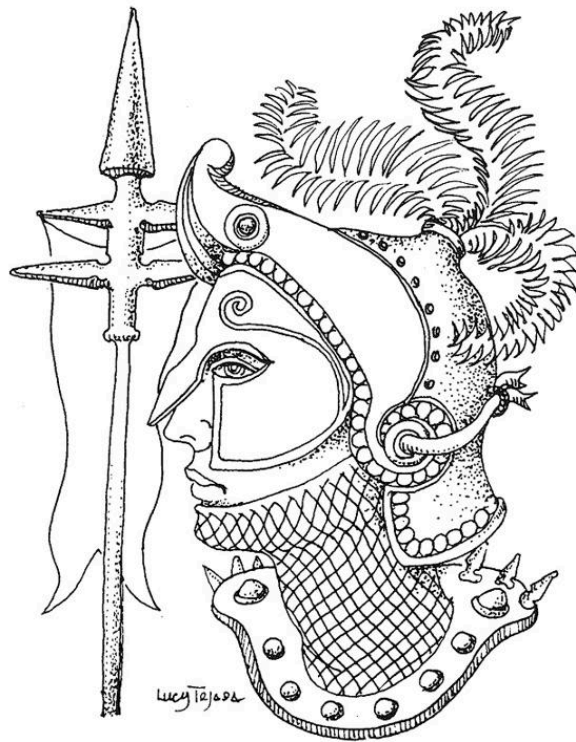
florida, veleidosa

cuando el guerrero entró como una tromba trayendo un ramo de alhelíes y una jaulita de madera

y la vio luminosa y que le sonreía como resucitada, no le creía a sus propios ojos. traje una ardilla balbuceó como si fuera un niño haciendo pilatunas y no aquel gigantón de bigotazo oscuro y yelmo con penachos y la coraza con los dibujos de dragones.

suelta la ardilla, Gilles, ordenó la muchacha, que se irguió como un águila que fuera a emprender vuelo. besó a la anciana en las mejillas secándole las lágrimas. soltó una carcajada mientras buscaba su armadura, que parecía de luz de luna y se vistió de blanco

con los arreos de paladina
ia las armas ...!, gritó.



... su armadura que parecía de luz de luna y se vistió de blanco con los arreos de paladina.

ia las armas...!, gritó.

hechicera adivina

JEHANNE *pseudo profeta*

invocadora de espíritus malignos

JOAN *y conjuradora supersticiosa*

JANETTE *malpensante de la fe católica*

cismática en el artículo

Unam Sanctam JOANNA

infiel JUANA

murmuradora

escandalosa y

alborotadora JEHANNE

impedidora de la paz

belicista cruelmente

sedienta JOHANNA

JOANA *de sangre humana y encarnizada*

en su efusión JANET

desprovista de vergüenza

para dar fe

de la decencia que corresponde

a su sexo

GIOVANNA *seductora de príncipes*

y pueblos...

que así la condenaron. que la quemaron viva, el nombre de Dios,
pero que el corazón y las entrañas jamás se consumieron con el

fuego

que con dulzura y en lamento la madre del río recibió sus cenizas de doncella guerrera y que la multitud vio la paloma del color de la nieve de las cumbres volar desde la hoguera a las alturas.

que encontraron su huella en todos los caminos

Sonaba el ángelus cuando llegaron al villorrio. vieron los hombres vestidos de albornoces y a las mujeres como sombras. como si amuralladas padecieran de un mal secreto o de un flagelo. o se cicatrizaran con el viento, que no paraba de danzar. de ir y venir en tolvaneas.

ciegas en tierra de rufianes, contaron unas presintiendo al ángel justiciero

mudas, acordonadas

esperando el portento que va a llegar al filo de la noche o algún amanecer, cuando florezca el algarrobo.

como incubando, parecían

volcadas en el duelo que no rompía en llanto ni quejidos, sino en un aguardar con su silencio manso estéril.

¿venís de tierras sin murallas...? ¿o sois acaso tejedoras o pregoneras del mañana...? ¿quién de vosotras puede volar como las grullas o quién desvanecerse como las humaredas?

ansiosas, preguntaron.

como si un remolino las estuviera sumergiendo y no quedaran piedras en el río que las pudieran atajar, contaron unas con la memoria vuelta luz. como si fueran navegantes de un balandro fantasma. como leprosas

deshonradas

como si las arenas ardientes del desierto las fueran a enterrar,
desdibujándolas, sin salmodías ni sueños. sin la respuesta de sus
anhelos prohibidos ni al pálpito de pájaro que eran sus corazones
tratando de volar en noches invernales.

solsticio sin estrellas

¿por qué no tienen voz...? Preguntó la más joven siguiéndolas de
cerca y tratando de mirarse donde ellas se miraban y entonces todas
las siguieron entre el laberinto y atravesaron las cascadas sin ni
siquiera humedecerse y los jardines de flores y las jaulas vacías
colgando de palmeras y vieron soles negros y auroras boreales y las
montañas de cristal y nueve lunas en sus cumbres las regiones del
fuego y las regiones del olvido, jamás se dieron tregua

con las manos atadas, combatían

andariegas de la memoria encandescida: el laberinto es vuestro.

así dijeron.

y entonces penetraron en regiones de azogue donde las
observaron contemplarse y contemplarse y contemplarse en un
infinito corredor de imágenes como niñas perdidas en una feria de
diversiones, dijeron unas maldiciendo. como muñecas dormidoras o
maniquíes

o marionetas

que por siglos y siglos tuvieron que mirarse en ese mismo espejo.
como si él las tuviera prisioneras.

la arboladura de las naves se distinguía desde el camino rodeado
por olivos y flores de retama y por amarantinas y amapolas. rayando

el sol comenzó la algazara de rapaces que pasaban montados en borricos o en carretas de mano. o a las carreras y a pie limpio en dirección al mar.

después pasaron las mujeres. con sus hatos al hombro y silenciosas. caminaban impávidas como si no se hubieran enterado de aquella algarabía y el ajetrear de hombres, viejos y chavales y de los perros y las cabras y hasta los gallos se habían alebrestado y revoleando crestas kikiriqueaban sin parar.

como si algún prodigio se anunciara. o la reina y el rey llegaran a las puertas

o alguna lid de moros y cristianos.

desde los campanarios de la ermita y de la recoleta y de la iglesia de la plaza mayor, se echaron al vuelo las campanas. entonces decidieron bajar también al pueblo y averiguar de aquel bullicio.

¿qué es lo asombroso que tanto os maravilla ...?,

contaron que habían inquirido a las mujeres del mercado, que sacudieron las cabezas con aire de impaciencia como cuando los niños cometen picardías o alguna planta se alimona.

empresas de los hombres.

la angurria que no para de calentarles la mollera

iallende el mar les prometieron que encontrarían el paraíso...!

les ofrecieron luego puñados de cerezas.

allende el mar no hay nada más que abismo...,

farfulló un hombre anciano quitándose el sombrero y rascándose la calva. iabismo ...!

así pronosticó.

sonaban chirimías y guitarras moriscas y vihuelas y todo el mundo se arremolinaba a oír los trovadores, que vestían jubones de

damasco, calzas de seda y capas con armiños. Las jóvenes llevaban ramas de arce y arándano y magnolio y todo era jarana a la orilla del mar y trajín en las naves

tres

de alto bordo y mástiles de roble. con velas de cuchillo. un mascarón de proa en forma de dragón botando fuego tenía la mayor. otra ostentaba una figura en caoba bruñida con medio cuerpo de mujer medio cuerpo de pez. la tercera llevaba un espolón de hierro.

guirnaldas, tamboriles

tres frailes decían misa, interrumpida por las peleas de los perros. o lloriqueos de criaturas

campanas, campanillas

¿hacia dónde se embarcan...?, contaron luego que habían preguntado a un grupo de bachilleres que las calaron de arriba para abajo, como si nos pensaran rematar, dijeron unas entre jocosas y azaradas como a jumento en feria. o esclavas de un harem

¿acaso no sabéis lo que es *vox populi*...?, contestaron a una.

que no sabemos, no.

y cuando a una iban a responder los bachilleres se oyó una voz como brotando del fondo de las aguas o desprendida como piedras. o en fuego

o en batalla

itruhanes...! iperdularios...!, ibergantes de la mar y de la tierra firme con anhelos de oro y corazón de hiena hambrienta! no estáis zarpando a la ventura mientras los siglos os contemplan sino cambiando el rumbo de la sangre y la memoria de las razas. ¡hoy me rasgo la túnica en prueba de dolor...!, y así la vieron, pálida y oscura, el cabello muy corto, con pulseras de cobre en las muñecas y una

cadena alrededor del pecho engarzando un círculo de plata. los ojos zarcos. como en ascuas.

Su carne magra de gran anciana de los días permaneció insensible a la brisa marina
y al asombro.

en el castillo de popa de la nave almiranta un hombre grueso y estatura mediana con sombrero de pieles de castor y tabardo de terciopelo gris oscuro, cruz en el pecho, manos espatuladas y nerviosas y de curí, caminó hasta babor y en tanto barbotaba *iper Cristo...! ie adesso ché cavolo succede...!*, y se asomó fuera de borda.

la vieron dar tres pasos con esos ojos fijos de azul de metileno y señalar en el vacío como quien ve girar sol. o una estampida
o ve la mano de Dios
hasta los perros se quietaron.

igranujas...! icumplid vuestro destino...! ila cruz ristre y de la mano del diablo!

el almirante abrió la boca y la volvió a cerrar, sin que saliera ni un sonido. los frailes enarbolaron la cruz de Calatrava mientras se persignaban sin parar y la tripulación, barbuda y andrajosa y como fiera en celo, soltó un rugido audaz.

ilargar amarras...! ilevar anclaaaas ...!

ibrújula al occidente... timonel!

y así se hicieron a la mar. tres carabelas.

tres.

que a la orilla del mar una viola de amor sonó tres días y tres noches. que la pulsaba la joven con ajorcas y flores de bellísima en

el pelo que le servía de lazarillo a la anciana de los días.

retumbaron cañones y las rapaces cruzaban el espacio armando una alharaca y los caballos se azararon. como cuando amenaza vendaval. o algún encantamiento o el trasmigrar de algún destino, dijeron unas que pensaron sin atreverse a dibujarlo ni a mirar hacia atrás.

nevaba a copos grandes.

descendían la sierra cuando sobrevolaron tres halcones y oyeron las trompetas y gaitas y atabales

que sonaban la marcha fusilera.

desde la cima vieron el cortejo.

a paso lento iban príncipes y duques y

condes regentes y gentilhombres y maestros y cancilleres y meninos. los seguían camarlangos y chambelanes y aposentadores. infantes. contralores. mayordomo mayor. y veedor mayor. pajes. alféreces. ujieres. guardajoyas

ballestero mayor

palafreneros, monteros, guardarneses

el armero mayor y ujier de cámara. tapicero, cerero, repostero, potajier, escuyer, trinchante, cortante, dispensero mayor

caballerizos de campo y los bufones

el copero mayor

el capellán mayor y capellán real

mozos de oficio y hombre del rey y los guardas mayores del cuerpo real

hombres del rey y escuderos de a pie

meninas. infantesas. dueñas de honor y damas y camareras y azafatas.

todos con atavíos de gala y cara de infortunio. de luto hasta los pies vestidos.

una mujer menuda de cabellos endrinos y ojos oscuros y anublados por una pesadumbre que no cesaba ni en madrugadas ni en anocheceres caminaba cansina cubierta con un sayo de lana y capa negras y las manos tan blancas como lirios del valle en actitud de quien suplica tregua o busca luz. o una salida dijeron unas como si el tiempo aciago fuera ahora y casi insoportable. como guerrera que pierde su armadura. o una pastora sin rebaño.

como una niña huérfana

desalojada, íngrima

la vieron avanzar.

atrás de ella doce escuderos de a pie con adargas y aljabas cargaban la angarilla revestida en armiños y en crespones negros y con dosel de más de un centenar de cirios. los escoltaban doce arcabuceros y a estos hacían guardia doce caballeros con la cruz de Santiago bordadas en sus capas

alféreces reales portaban lábaros y banderas de Austria y de Aragón y de Castilla

clérigos de balandranes y sayales

los favoritos seguían la parihuela con el cadáver de un hombre hermoso vestido en tafetán bordado en forma de cuchilladas, caracoles de plata, entresacado en lama de oro, manto de púrpura. y corona. uno con los cabellos largos del color de mies madurado y ataviado en casaca de paño fino y zapatillas de charol y el otro moro

sin camisa. con tabardo y borceguíes de pieles de leopardo. los ojos montaraces.

con ellos iban tres lebreles
camineras de frágiles estancias y
sueños imposibles.

¿por qué este yermo
y esta espada
habitándome...?

¿dónde moran los dueños de la muerte
y el pavor al olvido
y los asombros...?

decía así y escudriñaba el horizonte como quien ve un
tembladeral. o reconoce zonas del futuro
o pierde talismanes.

la voz quedó flotando en medio de la noche como una mariposa
mientras que los enanos desfilaban sonando fístulas y panderos y
chirulas vestidos de ropajes cortesanos y los responsos y los lloros
de las endechadoras y el caer de la escarcha comenzaban.

que pasó el tiempo y aquella comitiva en aflicción no cesó en
recorrer las villas y los campos al paso de trompetas y tañer de
campanas

y salmodias y misereres.

que la siguieron en su divagar de infausta desventura. que la
tenían a veces de la mano como a una malherida. o la acunaban en
madrugadas de sobresalto y hielo con melodías que hablaban de
mozuelas que fenecían de amor.

que un día al clarear el alba se esfumaron
como tragados por la tierra.

tan solo dos lebreles y un escudero de aspecto levantino permanecían en medio al campo florecido donde rodeadas por oriflamas y banderas acampaban las andas con el cadáver del hermoso. por las cuencas de los ojos le afloraban gusanos y en vez de boca había un hongo como los que crecen en el cagajón. la mirra y las esencias de sándalo y benjuí no cubrían el hedor y los cien cirios del dosel estaban acabando

la figura menuda de cabellos endrinos y ojos oscuros y anublados se iba alejando hacia la aurora. el más enamorado príncipe del orbe el único ciñéndose a mi cuerpo

y escanciador de miel

y leche

de mi entraña

ahora quimera

sin pálpitos

de enloquecido

anhelo

le iba contando así su pena, a los muros de piedra y a los olivares.

a la distancia los despojos de su gallardo amado, como un navío en llamas que está al paio.

que en su peregrinar jamás de los jamases supieron de algún hombre que amara en igual modo ni que hubiera cumplido igual destino.

un carretón arrastrado por una mula rucia obstruía el camino. se había atascado en pleno pantanadero y el animal tiraba en todas direcciones jaloneado por tres mujeres jóvenes, empantanadas hasta la coronilla y con las manos ateridas.

isi así hiciéredes a los que te alaban y te acatan cuál es el trato que merecen los que te vilipendian y perjuran...! icómo quieres que cumpla tus designios si tengo que perder tiempo precioso en percances de esta laya ...!, oyeron que decía a toda voz una de mujeres, dirigiéndose al cielo encapotado y al aire que soplabá, tormentoso.

iarreeee ...!, azuzaba

se sumaron entonces al esfuerzo y tironearon y empujaron hasta que el carretón salió de entre el pantano como una gran tortuga adolorida que emergiera del mar. ¡Dios sea loado...! contaron luego que las oyeron exclamar, mientras danzaban al son de unas sonajas y de una flauta de pastor.

¿sois de estos andurriales o peregrinas por ventura de las tierras de Dios...? ¿haríades un alto en esta esquiva fronda donde no crece el toronjil y es aciago el destino de los entierramueitos...?, quiso saber la mujer corpulenta de manos cálidas y fuertes que amonestara al cielo por someterlas a prueba tan inútil. tenía ojos de rapaz. mentón voluntarioso y nariz recta.

la observaron sacarse las sandalias y sacudirlas luego con premura. ¡de esta villa ni el polvo...!, sentenció, dando un vistazo fulminante a la muralla y las almenas y a las encinas y alcornoques todo desnudo y frío
vernal solsticio a contraluz sin lucero del alba. sin pregoneros sin alianzas.

que poseía la fe de los que mueven las montañas o cruzan las tinieblas como antorchas vivientes. la astucia de las zorras, contaron unas en asombro. la dureza de un árbol de quebracho, aseguró la más pequeña dibujando un castillo que flotaba entre ánades y nubes. que la sabiduría del libro de Inamar.

camineras de un viaje
sin treguas
ni respuestas

regiones de contiendas y regiones de olivos y moreras. de mosto y de neblinas y ríos como aceite y de parajes ácidos o blandos. u hostiles como las puntas de venablos.

así fueron cumpliendo los ritos del amor. construyendo con ellas las casonas de piedra y argamasa y plantando en los huertos. viviendo en la esperanza y en moradas secretas que esa mujer con la mirada de águila y corazón transverberado les iba edificando día a día.

burgueñas, serradenses, urgelenses, simanquinas,
trujillanas, baturras, sanzoleras, compostelanas, calatraveñas,
andaluzas

*que si ellas hacen lo que es en sí
el Señor las hará tan varoniles
que asusten a los hombres...*

así les predecía. la avilesa con temple de espada toledana.
hermanas, se llamaban.

en un anochecer de olores veraniegos y cántigas acompañadas de panderos se oyó de pronto un vocerío y una carreta que cruzaba delante del portal. ¡ahí llevan a una bruja...!, balbuceó acoquinada una zujareña de ojos atigrados y piel de pomarroja, idicen que hace

tres noches hubo una celebración...!, iun aquelarre... así lo llaman!
les contó, y se hizo cruces.

antorchas, perdigueros

la multitud seguía alharaquienta la carretilla tirada por un viejo y
adentro una doncella con camisola blanca y el sambenito con el aspa
de san Andrés en paño rojo. iba aferrada a los barrotes con los ojos
perdidos en la nada como cruzando el mar. como si ya estuviera
calcinada.

o la asediaran alacranes

la avilesina se irguió como una cierva que oye acechar al cazador.
la observaron después ponerse de rodillas y perderse en las zonas
del silencio donde habita el mandala y Dios escucha. la vieron
desprenderse de la tierra abrigada en la luz que generaba de su
anhelo de vivir sin vivir y de morir por no morir.

idepriesa, hermanas...! las conminó de súbito, y salieron entonces
cual meros ventarrones.

en el río flotaba la doncella y la corriente la arrastraba entre ninfas
y espumas y ramas espinosas, y al fin se sumergió.

el gentío se alejaba, celebrándolo.

la rescataron a escondidas y la llevaron hasta la casa en manosilla,
la frotaron con salvia y con tomillo. le dieron a beber una infusión de
mejorana con botón de naranjo y entonaron su arrullo de torcazas
hasta rayar el día.

veisme aquí, mi dulce amor

amor dulce, veisme aquí

¿qué mandáis hacer de mí...?

que el príncipe lucífugo salió otra vez de huida con su gran rabo entre las piernas.

la tierra era madura y pródiga en sus frutos y de montañas no muy altas. los verdes trigo y verdes milenarios y el verde denso de praderas las recibieron como una mensajera con albricias. las fueron envolviendo como lianas de monte o capas de pastor

con olores de albahaca y tamarindo

nadie esperaba en el portal cuando ellas avanzaron ni se oyeron señales o voces. o rumores. solo las pasionarias y las adormideras dejando por el suelo sus pétalos de olor.

en las paredes había dibujos de batallas entre lapitas y centauros y una cabeza de mujer con cabellera de serpientes y una casita con jardín y un gato enorme con ojos golositos.

dulce como guayaba eran el aire y el silencio, dijeron unas dejando perlas negras en prenda del relato. la más joven buscó en imágenes del agua y diseñó dos alcatraces. otras

enmudecieron.

como cubiertas por cristales

o alas de libélulas

así las vieron avanzar. jinetes en caballos sin bridas ni monturas. el pelo en trenzas apretadas: los cuerpos como esculpidos en basalto. o en obsidiana. o en diorita. como panteras recelosas las observaron desmontar y una de ellas le habló a los animales que se fueron después trotando hasta el corral y entonces una a una se sumergieron en la fuente

y nunca más volvieron a salir.

una pared se abrió como una flor de cinco pétalos y aparecieron cinco niñas que dijeron llegar del mar de la memoria. venían cubiertas por el pasar del tiempo como si fueran gemas de colores o viajeras del sol. o mariposas emigrantes

llegando a su destino

¿por cuál puerta cruzaron, camineras...?

de la vorágine del trópico o los hielos del norte...? preguntaban a un tiempo como ardillitas curioseando y ellas las vieron luego observar en las pantallas y anotar en tableros llenos de lucecitas rojas y amarillas y conectar rayos violeta sobre unas rampas movedizas donde enseguida se estiraron quitándose las túnicas que eran de amianto y de fibra vidriosa. las invitaron por señas a tenderse. después les dieron rosas blancas y bebieron con ellas leche de cabra.

está pasando el ángel de la guerra.

así abrieron la historia. contaron cómo el hombre fue descendiendo a zonas de alevosía y zonas de poder. cómo la angurria los vició y se fueron anublando. perdiendo el ritmo en el amor que se volvió de nuevo fruto prohibido como los talismanes y los templos. en épocas de antaño nadie tenía más que nadie. nadie podía ordenar la muerte como ahora que te la traen en bandeja.

contaban y contaban. como desenfundando aceros. o en travesía de presagios

amuralladas, parecían.

la cuerda del destino está echando candela de ambos lados. un viaje a contraluz. ellos se ayuntan con las máscaras. verdugos indolentes pues son como alacranes

como águilas bicéfalas.

se hizo un espacio de quietud luego de aquel reflejo infausto y las niñas volvieron a los tableros con las luces, que delataban el fin irremediable como si se tratara de un pronóstico del tiempo. en las pantallas observaron estaciones flotando en el espacio manejadas por los androides y las computadoras y robots. laberintos cercados por rayos láser y zonas de plutonio donde yacían los cuerpos hibernantes. laboratorios para reproducir seres humanos como calcomanías y cruces de animales impensables y bacterias mortíferas y campos de tortura

y campos de exterminio

se trasplantaban los cerebros como si fueran heliotropos.

las voces de las niñas levantaron el vuelo

palomas negras, dardos

la opacidad que fue enlutando nuestros cuerpos y proyectando anocheceres en vez de madrugadas y saqueando la voz y el uso de la palabra ya atravesó los límites. nada la hará volver

no nos embaucan sus espejos.

Omphale a la espera de Atalanta... Omphale a la espera de Atalanta ...

así las despertó en un amanecer voces como en contienda. o goce o floreciendo

las niñas prepararon la lectura de la Historia en las memorias de las máquinas y alimentaron a los gatos. una de ellas fue a hablar con los caballos y otra le dijo adiós con cantos a las flores y otra grabó en sus ojos las montañas y otra con brazos extendidos asistió a la ronda de los pájaros.

la otra escribió un poema en una piedra.

luego se oyeron pífanos. la luz violeta de la estancia se expandió por sus cuerpos como si fuera cera virgen o una lluvia de granizo o un viento abrasador como brotando de una caracola. fue así como contaron que las vieron.



... como brotando de una caracola. fue así como contaron que las vieron.

contaron luego que atravesaron dimensiones como cruzando puentes de bambú. que presenciaron viajes en el tiempo. que el dominio mayor era la de añoranza.

que cuando se sumergieron en las profundidades en la nave
traslúcida que habían construido durante las edades del exilio, las
mujeres cantaban una canción de cuna y las niñas llevaban ramos
de mirto y de narcisos negros.

desde pantallas presenciaron el remecerse de la tierra que se
contorsionó como si la estuvieran desventrando. se abrió en cuatro
pedazos. y el aire fue de fuego y el agua fue carnívora
voraz

que solo quedó el mar. y las gaviotas.

a la distancia ardían los once bergantines, después el mar se los
tragó, se iban hundiendo uno tras otro como arboleda en fuego.
como gigantes cansados de amores y combates con vientos y
mareas y rocas y sirenas de cantos engañosos.

como magueyes talados a traición.

se entregaban al agua en medio de la noche y fue vorágine y
adversidad y duelo en esa tierra de nopales

de caballeros-águilas y caballeros-tigres

del cacao, el maíz

y de regiones de aguas florecidas.

el invasor había desembarcado con su angurria y sus barbas. sus
cuadrúpedos. traían la sed del oro y de la plata y de turquesas y
esmeraldas. y plumas de quetzal

chacales, parecían

como buitres hambrientos, contaron unas tratando de salir de aquel tembladeral que era aquella memoria de emboscadas y mortandad y lloros y retumbar de serpentines. otras fueron oscuras como los ríos ensangrados. otras hablaron de ciudades sitiadas donde comían lagartijas y yerba verde de mazorca y yerba ensalitrada y cuero de piel de ciervo. golondrinas y lirios. que bebían agua de mar. de eso murieron miles

y del hambre.

andariegas de tiempos de alabardas

y horas de espanto

en las que el águila cayó

y después fue silencio.

así les dio la bienvenida.

tenía la tez cobriza y ojos de leoparda

la vieron emerger de entre las llamas con el pelo habitado por mariposas amarillas y plumas de colibrí y perlas del tamaño de huevos de torcaza enredadas del cuello hasta los pies. encima de su espalda una capa de piel de salamandra.

tenía la edad del mundo

las contempló como volviendo del olvido o de una lid sin armisticios. o separando nidos de serpientes

soy mariposa de obsidiana, dijo.

y su voz de habitante de las zonas sagradas fue construyendo a pasos turbulentos imágenes vencidas de ciudades brotando de lagunas con jardines flotantes y casas recubiertas con plumas de quetzal o de oro. o de esmeraldas. o turquesas.

o concha roja. o caracol

les habló de pirámides de piedra donde otrora los dioses habitaban en armonía y en guardia. habló de insidias y traición

de la iracundia de *Quetzacóatl*¹

de ciudades enteras pavimentadas con cadáveres

les contó de mujeres que enjaezadas con insignias de rango hechas de plumas y al son de caracolas y de flautas de jade se lanzaban de frente contra aquellos centauros de las cotas de acero y espadas toledanas que vomitaban fuego por los brazos. que en quites de pantera que ve atacar su cría arrojaban cual rayo las varas con puntas de obsidiana. que les abrían en dos el cuello.

jamás erraban blanco.

después dardos dentados, como lluvia

los dioses han huido. *el día uno de serpiente, año de signo de tres casas*

la voracidad y la barbarie de esta horda de carniceros blancos ha descompuesto la modulación de la naturaleza y del sentir del hombre en nuestra tierra, la ignorancia y torpeza de badulaques palabreros hacen perder las claves. el idioma del agua y del peyote, de la luna y el sol y de la madre *Cihuacóatl*² se ha enterrado con saña. con sevicia

desalmados, cernícalos

zafios verdugos sin entrañas

iya llegan...! iya reducen a llanto y a cenizas a *Tenochtitlán*³ la invicta...!

después le señaló las cabezas de los caciques en lo alto de las picas y sus cadáveres comidos por los perros.

el avanzar descalzo de los pies de guerreros y de doscientos nobles llevando varas de oro fue el único rumor que anunció la

presencia del soberano al pueblo, que esperaba sumido en la mudez. el cacique iba absorto. una corona ligera de oro en su cabeza y en los pies sandalias también de oro atadas con cordones de cuero de cabrito. el manto recamado de perlas y esmeraldas y chispas de diamante. cuatro hombres de alto rango ornados con cascos de plumas y orejeras doradas sostenían la litera cubierta de planchas de oro y el parasol de plumas verdes, salpicadas de alhajas.

el cerril invasor se pavoneaba.

el caudillo rindió al gañán de barba endrina y de cota de malla su quebrantado y envilecido brazo de conductor

guardián de sus hermanos.

que le entregó también su flor morena más preciada. su *Copo de algodón*, Tecuichpo, que avanzó como quien va a presenciar la puesta del sol viene de lavar sus prendas en el río. vestía túnica blanca con cinturón de oro. collar de caracolas. casco de plumas de aves rojas. iba descalza y con el pelo cayéndole en la espalda. un murmurio de admiración a aquella altanería y al plante retrechero fue la señal del pueblo a su joven princesa, que hizo una leve reverencia enfrente al palanquín donde estaba el cacique, más lívido que un muerto.

ni atabales, ni pífanos

un silencio mortal en el valle de *Anáhuac* cortado solo por relámpagos.

que Tecuichpo se hincó como a besar la tierra y recogió un puñado de pantano. que el gañán invasor no tuvo tiempo a nada, pues el asombro lo pasmó cuando ella tiró al suelo el casco de plumas, se embadurnó la cara y brazos con la greda, se desgarró la

túnica de hilo, ¡aquí tienes a *Copo de algodón*... verdugo de mi pueblo!, le anunció a voz en cuello
y lo escupió

que después de violarla el capitán se la entregó a la soldadesca.



*... vestía túnica blanca con cinturón de oro. collar de caracolas.
casco de plumas de aves rojas.*

- 1 . la serpiente emplumada.
2. diosa de la justicia o de la agricultura y profetisa.
3. México.

anduvieron regiones donde la tierra era un fogaje a veces de arenas y silencio. recorrieron sin prisa los bordes de los mares y las entrañas de los montes donde las ceibas y yarumos y payandés y carboneros y guayacanes y álamos y sauce blanco y durumoco crecían al lado de las acacias y nogales y cedros serpentinos. tamarindos y orquídeas

las camias y árboles del pan

estaban recubiertas de grasa del taguatojú, contra las mordeduras de las víboras.

se alimentaban con mandioca y raíces y papayas y piñas y zapotes y bebían agua de coco.

cordilleras, florestas

la tierra iba quebrándose como un sonido de flauta de seis trozos de caña. o un quejido de amor. como los sueños de los niños, testimoniaron unas que parecían sobrevivientes de marismas. otras dijeron que cruzando las sierras y los picos nevados observaron al cóndor con su gorguera blanca y ojos cazurros y rapaces

sobrevolar el sur del mundo

vieron a las mujeres parir acucilladas,

fueron tiempos de eclipses.

tiempos de la aventura del delirio asida a las coronas de diamantes y perlas y esmeraldas y muerte en emboscadas.

tiempos del oro y de pavesas.

bajaban de la loma y desde un alto presenciaron cómo el Zipa recubierto con pectorales y collares y ornado con ajorcas en los brazos y tobillos y narigueras y orejeras y en la cabeza una corona

con el sol y la luna y en la mano derecha un cetro con gemas engastadas, parado en una roca abría los brazos, miraba el cielo sin pronunciar palabra, luego el fondo de la laguna, se lanzaba de pie, hendía agua, y el pueblo contemplaba como alunado aquellos círculos que se expandían y expandían. después brotó desnudo. entonces el silencio se rompió en gritos de alborozo.

que la brisa traía el tintinear de discos de oro colgados en las puertas

que las mujeres les regalaron sal y mantas de algodón. que comieron con ellas mango y calabaza.

que, al cuarto del alba el invasor atacó el templo, profanó tumbas y cadáveres y capturó al cacique.

en parajes brumosos donde crecía el frailejón y el puma y el tigrillo merodeaban remolones cercados por los gritos de los pájaros blancos, oyeron cantos que parecían de albricias. las vieron abrazadas. a pasos lentos y como hojitas mecidas por la brisa iban bailando en círculo, y con una mano tapándose la boca. el arco iris caía de lleno encima de sus cabezas.

cabellos renegridos, rodeados por guirnaldas hechas con trenzas de hilos de colores.

las miraron llegar como extrañadas. como cuando un presagio toma forma y andares

y atavíos

viajeras del ocaso

de *Uitcilopuchtli*¹ y *Tlazotléut*²

de la tierra de plomo

hay que cruzar las aguas y acompañar la Historia en su delirio oscuro. la muerte está apostada al filo de la noche, como una perra hambrienta. no hay señales. no vemos las fronteras de este dolor que nos asedia y calcina las carnes y va dejando huérfana la tierra, y solo un ruín silencio será el testigo último de la osadía feroz del hombre

esta grotesca hazaña.

lo dijeron así. como si la esperanza hubiera también muerto, contó la más pequeña que sintió el remesón. y las cenizas de volcanes atravesaron el lago en las piraguas.

de allá, del agua, surgieron *Manco Cápac* y *Ocllo Huaco*. él es hijo de *Inti*³ que ilumina los días de *Tahuantisuyu*⁴ y ella fue la engendrada por *Mama Quilla*⁵, sosegadora de la noche y su guardiana.

ella nos enseñó a sacar la fibra de las plantas y aprendimos a hilar.

él nos contó que *Pachacámac* creó el mundo para que aquí viviéramos en armonía, entre hermanos y hermanas. para volver un día al mundo alto, donde esperan las flores de la eterna frescura y brota el agua viva que inflama el corazón.

así contaban, una a una, mientras al lado de lumbre pilaban el maíz, que ellas llamaban *zara*, también era un dios.

¿sabéis por qué *illapa*⁶ fulmina con atronante fuego...?

¿por qué *cuychu*⁷ protege a las hembras en el parto...? ¿por cuál puerta se llega a la mansión de los murciélagos...?, las inquiría una mujer de voz opaca y manos que curaban los enfermos.

todas sabían las respuestas.

cuando aparece *cuychu* nos cubrimos la boca para que no se gaste, les explicó entre risas una muchacha de piel aduraznada y ojos como tizones

y así siguieron, camine que camine.

el cielo encapotado y olor a musgo y melitoro,

la desnudez del mundo y sus trofeos y talismanes y portentos. eso dijeron que habían visto. como cubiertas por cristales o sobreaguando en el horror. o amordazadas

vírgenes

como aquellas doncellas en lo alto de las pirámides. con la mirada despavorida fija en el sílice implacable y en las manos del hombre

que iba a arrancarle el corazón

o aquellas desfloradas en las tarimas del mercado por los dedos ansiosos de sus madres.

siguieron el curso del río, que corría profundo y corrientoso por un desfiladero rodeado por montañas tupidas de foresta y después de tres lunas en que iban recogiendo *sayrt*⁸ o *matecllu*⁹ o *chillca*¹⁰ o la raíz de *grama gruesa*, para sanar encías, o heridas, o los ojos, o curar los riñones, la mujer de las manos curanderas comenzó la tonada, apenas rayó el sol.

allá está, señalaron.

ensueño, fulgurante

como figuración de humos opalescentes y vuelos raudos

y fantasmas

sueño sin soñador, rememoraron unas como si despertaran en medio de rayos y centellas. otras lo describieron como el nacer del sueño. de los dioses.

¿quimera o desvarío...?

revestido de láminas de oro. las puertas y los techos. con la imagen flamígera del sol en una plancha de oro del tamaño de un hombre con los brazos abiertos. y una corona inmensa, de esmeraldas y perlas, en el dintel del gran portal.

embalsamados cadáveres de reyes presidían el primer aposento, sentados en tronos de oro

piedras de sacrificios.

recubierto de plata era el siguiente y con la efigie de la luna con cara de mujer. a cada lado los cuerpos momias de las reinas. *Mama Ocllo*, madre de *Hayna Cápac*, delante de la luna, rostro a rostro con ella, por ser la madre de tal hijo.

el aposento de *Chasca*¹¹, también forrado en láminas de plata y con el techo lleno de estrellas titilantes

vacío y relumbrante el aposento del rayo y del relámpago y del trueno

en oro, inmenso, el arco iris, *Cuychu*, fulgía en la estancia de su nombre.

a la chita callando cruzaron el aposento donde jamás mujer alguna hollara con su presencia lo destinado a hombres. los sacerdotes no dieron crédito sus ojos. sacudieron con sorna sus cabezas como espantando moscas o visiones y continuaron impertérritos entre volutas de humo blanco. y olores a vetíver y eucalipto. entre paredes recamadas con esmeraldas y turquesas.

al fondo del jardín vieron cinco fuentes de piedra y pilares también en piedra blanca. vieron las mariposas y caracoles y un búho y salamandras. y carpinchos y gavilanes y cóndores

y halcones

todo en oro y en plata.

tigrillos y jaguares y osos y zorras y anacondas

palomitas torcazas y gallinas

toda suerte de flora y fauna, bruñida, rutilante, hasta ratones de oro, musitó la pequeña con los *ojos* cerrados, como permaneciendo todavía en aquel templo al sol.

que se aromaron con agua de naranjero y flores de astromelia en ofrenda y amor a *Chiripia*, la madre de la tierra.

que en el tiempo de lluvia segaron los maizales.

- [1.](#) dios de la guerra.
- [2.](#) dios de la lujuria.
- [3.](#) el sol.
- [4.](#) el reino Inca.
- [5.](#) la luna.
- [6.](#) rayo.
- [7.](#) arcoíris.
- [8.](#) tabaco.
- [9.](#) hoja milagrosa.
- [10.](#) leche de un árbol.
- [11](#) . Venus.

cruzaron puentes de troncos de algarrobo y en regiones de ciénagas las calzadas de piedra, entretejidas con césped y raíces. la *Parihuana Cocba*¹ con sus aguas oscuras y aves de patas largas y plumajes color de atardecer. atravesaron *Coropuna* con su sierra nevada y llegaron al valle de *Arequipa* de aire templado y tierra agradecida, donde crecía el fríjol y el maíz y el cacao.

el puente de mimbre sobre el río *Apurímac* como un febril y hermoso desafío a lo casi imposible. o alarde caprichoso, dijeron anhelosas, como quien ve una estalactita.

las ocho torres al poniente y las ocho al oriente que en la ciudad del *Cozco* marcaban los solsticios

el canto del turpial y el enredijo de los loros.

en la gran plaza todos andaban agitados como en un hormiguero y ellas notaron las columnas adornadas con flores de canela y con yerbas de olor. La *Coya*² apareció seguida de *Curacas*³ y acompañada por las *Pallas*⁴. ataviada de ajorcas en los brazos de pepas rojas y azul claro y trenzas de hilos de colores rodeando la cabeza, la túnica tejida con la lana de alpaca, sin joyas ni oropeles, acariciaba a las mujeres que le salían al paso. las escuchaba atenta, con ojos de aflicción.

como quien siente desgarrar su propia entraña. como quien va desguarnecida y baja al fondo temor

como una desterrada

así la describieron. la vigilaron en sus noches y en sus auroras de silencio. en su tránsito opaco desde ayer nefasto que convirtió su

corazón en cántaro quebrado. su pueblo en víctima descoyuntada y zaherida.

el *Inca* presintió la zarpa matrera del destino. trató de conjurar aquel destrozo que se veía venir como una plaga. o cataclismo. quebranto inevitable. por qué los dioses nos dejaron en medio a aquel azote, la oyeron que gemía, como una niña sola frente a un mar tormentoso.

ayunó y meditó durante treinta días. cambió su túnica de recamado en oro y pedrerías por una burda manta de pastor. solo agua de lluvia y pedazos de torta de maíz le permitió a su cuerpo, recluso en el templo.

su joven cuerpo de venado

consultó el parecer de los *Amautas*⁵

le imploró a *Mamacocha*⁶ le diera su energía. masticó *kokaakill*⁷ en su camino a *Caxamalca* reclamando el vigor y el poderío que ella infundiera a los que construyeron la ciudad de piedra de los dioses en la montaña inexpugnable.

pidió los vasos de oro fino y en prueba de concordia le ofreció chicha al invasor

la multitud llenó la plaza.

el suelo era barrido con minucia antes de que pasara y el sol hacía relumbrante la litera del *Inca*, que parecía un castillo de oro.

lo seguían los guerreros, desarmados.

todo fue reverencia y pétalos de flores y cantos de los niños en su guarida, el exporquerizo de Trujillo esperaba el momento de saltar

analfabeta, zafio

corriéndole la baba, dio el grito de ¡Santiago...!

fue de improviso el disparo de las culebrinas y aquel alarde de a caballo. el fragor de cañones.

- [1.](#) laguna de pájaros flamencos.
- [2.](#) emperatriz.
- [3.](#) grandes señores.
- [4.](#) mujeres de sangre real.
- [5.](#) filósofos y sabios.
- [6.](#) madre mar.
- [7.](#) hoja sagrada de coca.

ifue el exterminio de mi pueblo, que no alcanzaba a huir de las ballestas y alabardas y aquella saña cruel...! inermes, como pájaros que están mudando pluma. imi pueblo...! *Tahuantisuyu* entero sumido en los clamores de la muerte. arrasado con odio y a mansalva.

crimen más cruento y más siniestro no se volvió a vivir en nuestra Historia.

el trujillano salió de su escondrijo. se lanzó como un buitre a la real litera y de un zarpazo derribó al *Inca* al suelo. el gran *Curaca* con el color perdido en sus mejillas y ojos de halcón grullero pendientes de su presa trató de incorporar su cuerpo de cervato pero manos feroces le asestaban puñetazos y otras manos voraces lo dejaban desnudo.

solo la borla colorada a manera de rapacejo, tendida por su frente de una sien a otra, que proclamaba su linaje como hijo del sol, fue despreciada por la horda.

lo aprisionaron en el templo y exigieron llenar estancia de oro.

y el oro fue llegando, de *Collansuyu* y *Cuntisuyu* y desde *Chinchansuyu* y *Antisuyu*¹, terciado a espaldas de mi pueblo, que corría por las sierras y atravesaba montes y sin tomar respiro llegaba envuelto en sangre y pesadumbre

pero era un pacto con fulleros.

y aquella noche fue como una maldición. o un precipicio, susurró entre suspiros con la mirada puesta en *Putukus*² y el corazón ansioso por volar

como un ángel guerrero.

así contaron que la vieron. indómita y pequeña, como una flor silvestre. saliendo apenas a la vida. que sintieron con ella ese silencio fosco de *pacari*³ cuando el *Inca* fue izado con su guasca gruesa y colgado de un árbol, en medio de la plaza.

solo se oyó la voz del pregonero

los gritos de los osos contra el *Macbupiqchu*.

que como un huracán o un terremoto el pueblo enardecido tomó esa noche a *Caxamalca*, y no dejaron piedra sobre piedra.

que desaparecieron con el cuerpo del *Inca* y nunca nadie supo dónde estaba enterrado.

que en el resto del viaje, del invasor solo encontraron los cadáveres. morían de hambre. o devorados por las fieras. o mordedura de serpiente. o envenenados por los frutos salvajes.

o ahogados en los ríos. o perecían de fiebres incurables.

era tan dulce la armonía que los pájaros dejaron de trinar y los monos colorados que andaban esculcando los árboles frutales permanecieron lelos. parecían embrujados. hasta las cacatúas suspendieron su cháchara

y hasta un oso hormiguero se desentendió de las hormigas.

estaban en un claro de la selva, rodeadas por criaturas que parecían también encandiladas, como si vieran sáfides o gnomos y solo el vuelo de mariposas con las alas azules cruzaba ese dulzor.

dos flautas y una caracola

una mujer de cuerpo hermoso y fuerte, cabello lacio, endrino, cayéndole en la espalda hasta la grupa. una muchacha en flor y una niña con ojos almendrados. como viajando en esa voz que llegaba del fondo de los mares. como brotando en rama verde y en fruta y en espumas, parecían las tres

alígeras, cobrizas

allí permanecieron, hasta la puesta del sol, cuando la niña de la flauta de caña se enamoró de una libélula y corrió detrás de ella, y la muchacha sintió sueño y abandonó también su flauta de jade, y la mujer siguió sacando rumor de agua y sonidos de vientos a aquella caracola. hasta que al fin las vio.

las invitó a pasar la noche en su bohío, cubierto de corteza de árbol y con hojas de palma.

- [1.](#) los cuatro puntos del imperio Inca.
- [2.](#) montaña al este de Machupiqchu.
- [3.](#) la aurora.

durmieron en *chinchorros*¹ y a la alborada las despertó la algarabía. como preparativos a una lid, o una quema en el monte, contaron unas vaciando la memoria como quien trae mies madura.

siguieron el cortejo, que iba danzando al son de *t'arkas*², con guirnaldas de orquídeas en sus cuerpos con solo un taparrabo de piel de lince, y con cascos de plumas de tucán o aves del paraíso.

o águila.

con guacamayas en el hombro.

unas llevaban carcaj al lado izquierdo y un arco a la derecha. otras las cerbatanas. otras rodela de piel de jabalí.

o sandalias de cuero de serpiente.

cazaron una guagua y tres curíes. recogieron los huevos de tortuga y el polen de nenúfares. otras los hongos. otras pescaron a flechazos. otras buscaron las raíces y calabazas y mandioca. los panales.

otras la sangre de armadillo.

y llegaron al río. como un mar corrientoso, parecía. no se veía la otra orilla



*... unas llevaban carcaj al lado izquierdo y un arco a la derecha.
otras las cerbatanas. otras rodela de piel de jabalí*

1. hamacas.

2 . quena india.

que las vieron abrirse como en abanico y así entraron al agua. que las mujeres esperaban con la mirada calma y el cuerpo ungido con bergamota y aceite de higuierilla. como cervatas brisas iban saliendo, una por una, y una por una las mujeres las iban acogiendo, arrullando en sus brazos, recorriendo sus cuerpos con la lengua como si de él bebieran miel o fueran sumergiéndolas de nuevo en la matriz, fruto doliente y aromado, camino abierto en queja dulce, que iban ahondando, recibiendo, deshechas en el eco del temblor, pues eran recipientes antiguas de esa sangre.

les dieron a beber la leche de puma, como cuando criaturas, y después les pintaron con *achiote*¹ la línea de las cejas y los ojos. arriba de los pechos trazaron las tres líneas con añil.

les pusieron los cascos de plumas azules rojas y amarillas del ave de la eternidad

un collar de cuentas de turquesa y otro de cuentas de ónix

les cortaron el pecho con pedernal muy afilado y el cauterio lo hicieron con tizón de quebracho

que a partir de esa noche les cuidaron el sueño los jaguares.

como un tatuaje

sus nombres de

obsidiana
y de madres
del fuego
surgieron
cada amanecer



1. tintura de raíz de un árbol.

En la otra orilla la ciudad aparecía en sombras. solo la luna iluminaba las cúpulas plateadas y las agujas de cobre renegrido de edificios más altos que las torres toscanas. o que las catedrales.

cruzaron por un puente que parecía un colosal armazón de telaraña. como el brazo de un cíclope, dijo la más pequeña que a medio camino se detuvo y contó nueve puentes hacia oriente y siete al occidente, pues luego el río hacía un recodo y se perdía de vista.

en el puerto los barcos esperaban

no había un alma en las calles, desmanteladas y húmedas como después de los ciclones. los árboles del parque parecían azotados.

o comidos por plaga.

como carbonizados

o afligidos

observaron la estatua de una niña que sentada en un hongo parecía conversar con una liebre

las barcas en el lago

y nadie más. como un yermo habitado solo por edificios que se elevaban y elevaban en cemento y en vidrio. desportillados casi todos. en las vitrinas de las tiendas los maniqués cubiertos con hilangos. y toda clase de cosas que seguían exhibidas con precios de rebajas para las tolvánicas y la luna y animales de dientes afilados y colas largas y puntudas, que salían de los túneles y correteaban en las noches

escamosos, blancuzcos

los trenes subterráneos cubiertos por grafiti y por los hongos.

ies la ciudad de los antiguos...!, musitó la de cabellos color de flor
del carbonero, al reparar en una mole de bronce con la túnica larga
y una antorcha en la diestra. tenía una placa carcomida

miss Liberty, lograron descifrar.

mi abuela me contaba que su abuela decía que su abuela vivió en
los tiempos en que su abuela oyó narrar la historia de los hombres y
mujeres que un día vinieron a esta tierra ansiosos por los signos de
tenebrosas confusiones. de un destrozo inminente

pero nadie escuchó.

ino me acuerdo del nombre...!, se lamentó indecisa.

que era un imperio poderoso, contaron unas vaciando las alforjas
con muestras de plutonio y lo que llamaron *oro negro*. un adalid de
corrupciones y abanderado de la paz.

ahora esperpento. y adefesio

como un espantapájaros.

que en una madrugada se oyó el canto, y lo reconocieron.

sometimes I feel

like a motherless

child

bajaba en voces graves por el río, en una nave
toda de cristal. como aquella de antaño en que vieron la tierra
desventrarse

basálticas, panteras

en el brazo un tatuaje con la flor de lys

cuando nos separamos, camineras, fuimos cautivas de la ley
mercenaria de estas tierras durante tiempos en el que el corazón

perdió la altanería. pero no la memoria, jamás lograron quebrantar la historia de la sangre ni el ansia de volar.

nos ayuntaron con el odio como a mulas de carga.

que les mostraron las pantallas inmensas donde se oscurecieron las imágenes con su dictado cotidiano. suprimieron a Dios. cambalachearon el amor. se procreaba con las máquinas

los libros fueron condenados y consumidos en hogueras.

así contaron que dijeron las mujeres de entonces. las que se habían guarecido en las alturas o en construcciones subterráneas desde que el Hombre otra vez se fue envalentonando, con ínfulas de ser el Supremo Creador

de la ventura y desventura

llovió fuego y cenizas durante siete días, explicaron.

después vino la lluvia.

ascendieron prendidas la una de la otra. parecía una cadena de acero rutilante. parecían bucaneras al asalto. vorágines, cristales, vientos abrasadores.

armaduras y espadas de cristal.

la Tierra sabia antigua lujuriosa voraz, las vio alejarse.



Ellas dicen que todas esas formas designan un lenguaje anticuado. Dicen que hay que recomenzar todo. Dicen que un gran viento barre la Tierra. Ellas dicen que el sol va a salir.

M. WITTIG, *Les Guérillères*



Un grupo de mujeres desciende a la Tierra y emprende un viaje a través de los siglos. Recorren los mitos fundacionales, las guerras de la Antigüedad, la persecución religiosa, la conquista de América y las visiones de un porvenir devastado. Las andariegas avanzan allí donde la historia ha impuesto el silencio, y escuchan las voces de Antígona, Safo, Juana de Arco, las brujas condenadas a la hoguera, las mujeres indígenas sometidas por los conquistadores y todas aquellas figuras anónimas que han sido convertidas en sombras.



Con una escritura torrencial, poética y profundamente experimental, Albalucía Ángel compone una gran contraépica de la humanidad: un relato coral en el que la memoria de las mujeres se enfrenta a la violencia, al poder y a los discursos que durante milenios las marginaron. En estas páginas, los tiempos se entrecruzan, los mitos cambian de sentido y las miradas olvidadas recuperan el derecho a nombrar un mundo en el que el cuerpo, el deseo, el cuidado y la solidaridad son una forma de resistencia y la posibilidad de imaginar otra historia.

Visionaria, inclasificable y de una audacia literaria deslumbrante, *Las andariegas*, publicada originalmente en 1984, es una de las obras fundamentales de su autora y una novela imprescindible de la literatura latinoamericana.



ALBALUCÍA ÁNGEL

Es una de las escritoras colombianas más reconocidas del siglo xx. Estudió Letras y Arte en la Universidad de los Andes. Se ha desempeñado como periodista y crítica de arte y cine. Realizó estudios de Letras y Arte en París (en La Sorbona), Roma y Londres. Ha publicado las novelas *Los girasoles en invierno* (1970), *Dos veces Alicia* (1972), *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1975), *Misiá señora* (1982) y *Las andariegas* (1984), el libro de cuentos *¡Oh gloria inmarcesible!* (1979), el ensayo *Visiones del arte* (1975), los libros de poesía *La gata sin botas* (2002) y *Cantos y encantamientos de la lluvia* (2004) y las memorias *Diálogos con un cuaderno anaranjado* (2022), además de participar en la antología de dramaturgas latinoamericanas *Voces en escena* (1991). Algunos de sus libros han sido traducidos al alemán.

© Édgar Céspedes



Título original: *Las andariegas*
Primera edición en Alfaguara: octubre de 2026

© 1984, Albalucía Ángel

Los derechos de esta obra han sido cedidos mediante acuerdo con International Editors & Yáñez' Co. Agencia Literaria.

© 2026, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700

penguinlibros.com

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de
Enric Satué

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Lorena Calderón
Suárez

Ilustraciones interiores: © Lucy Tejada

Imagen de cubierta: © Lucy Tejada, por el fragmento de la ilustración

© gremlin, Getty Images

© magnific.com, por el cielo estrellado

Imagen de las niñas creada con la IA generativa de Adobe Firefly

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad,

defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN: 978-628-7880-79-5

Conversión a formato digital: [Numerikes](#)

Índice

Las andariegas
Dedicatoria
Epígrafe
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos

Table of Contents

[Las andariegas](#)
[Dedicatoria](#)
[Epígrafe](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre la autora](#)
[Créditos](#)